

SERVICIO SECRETO

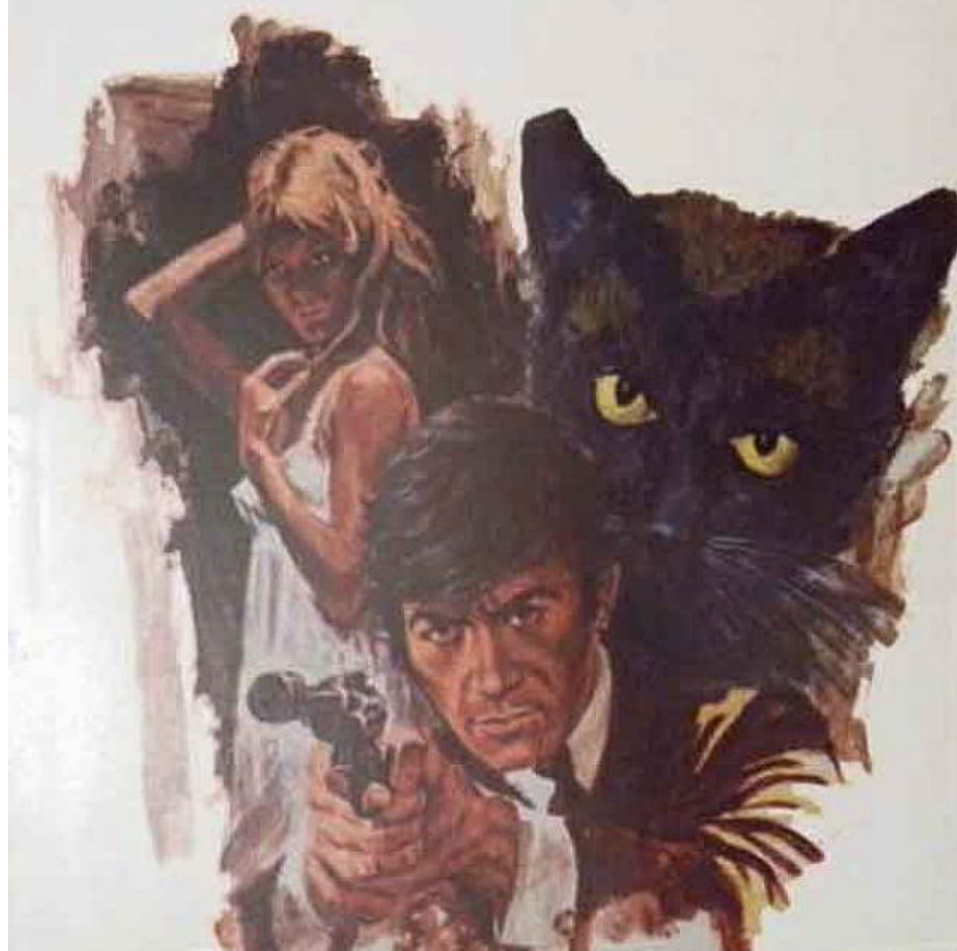
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

LOS NIDOS DE LA MUERTE

**Lou
Carrigan**



Luther Kinkelin llegó en un taxi a la Hauptbahnhof de Hamburgo con tiempo suficiente para tomar el tren

T. A. C.

con destino a Munich. Pagó el servicio, esperó a que el taxi se alejara de la zona de descarga de pasajeros y luego se aseguró de que detrás de él no llegaba otro taxi o cualquier otro vehículo en el que hubiera alguien que pudiera preocuparle.

No parecía que fuese así y, tras una última mirada arriba y abajo de la Glockengiesserwall, entró en la estación de ferrocarril, compró tabaco y un par de revistas, y luego fue a tomar un café.

Por supuesto, en todo momento, mientras iba de un lado a otro, se iba asegurando de que nadie sentía interés especial por él. Salvo un par de mujeres que le miraron entre sorprendidas y admiradas, porque Kinkelin, todo hay que decirlo, era un tipazo.



Lou Carrigan

Los nidos de la muerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1721

ePub r1.0

Lds 02.03.19

Título original: *Los nidos de la muerte*

Lou Carrigan, 1983

Cubierta: Girona

ePub modelo

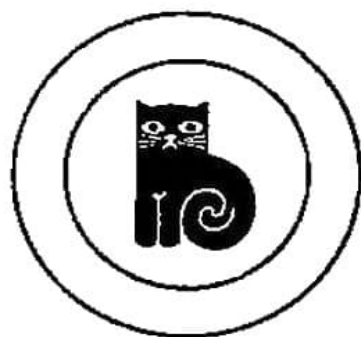
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Luther Kinkelin llegó en un taxi a la Hauptbahnhof de Hamburgo con tiempo suficiente para tomar el tren

T. A. C.

con destino a Munich. Pagó el servicio, esperó a que el taxi se alejara de la zona de descarga de pasajeros y luego se aseguró de que detrás de él no llegaba otro taxi o cualquier otro vehículo en el que hubiera alguien que pudiera preocuparle.

No parecía que fuese así y, tras una última mirada arriba y abajo de la Glockengiesserwall, entró en la estación de ferrocarril, compró tabaco y un par de revistas, y luego fue a tomar un café.

Por supuesto, en todo momento, mientras iba de un lado a otro, se iba asegurando de que nadie sentía interés especial por él. Salvo un par de mujeres que le miraron entre sorprendidas y admiradas, porque Kinkelin, todo hay que decirlo, era un tipazo.

Un canalla, pero muy atractivo. Alto, fuerte, sólido; de facciones correctas, había que mirar con mucha intención al fondo de sus ojos para percibir la verdadera calidad moral de Luther Kinkelin. Una calidad moral que aconsejaba no relacionarse con él.

Finalmente, a la hora en punto el tren salió de la estación de Hamburgo con destino a Munich. Y, en su compartimento privado, Luther Kinkelin colocó la maleta en la rejilla y miró con cierta irritación el sofá que no llegaría a utilizar como cama, porque aunque su billete era hasta Munich él sabía que tendría que apearse antes. Seguramente bastante antes.

Pero, en fin, el trabajo es el trabajo. Negocios mandan. Y Luther Kinkelin tenía la impresión de que podía sacar una buena cantidad de aquella operación. Le había llegado la demanda de cita por parte de un norteamericano, y ya sabe el mundo entero que cuando

intervienen los americanos los dólares suelen correr en abundancia.

Al menos, en las actividades de Luther Kinkelin.

La noche era fría y húmeda. Tras el cristal de la ventanilla se veía una negrura total, lo que indicaba bien claramente que había quedado atrás la zona de influencia de Hamburgo. Luther miró su reloj de pulsera, impaciente. Puesto que no iba a poder dormir en el tren, lo menos que podía pedir era que el contacto se realizara cuanto antes, a fin de entablar las negociaciones y poder dormir entonces. No tiene sentido privarse del sueño sin necesidad.

Cuando terminó su tercer cigarrillo, Luther Kinkelin salió al pasillo del vagón.

Fue entonces cuando, apoyado con la frente en un cristal, vio al hombre rubio y alto.

Solamente la sangre fría de Luther Kinkelin, conseguida a base de muchos años de peligros y dificultades de toda clase, pudo controlar su reacción de sobresalto, de grandísima alarma. Lo normal habría sido que incluso se atragantase con el respingo, pero permaneció impasible.

Como si no estuviese viendo nada más y nada menos que a Nikolai Borov, el nunca bastante elogiado agente de los servicios secretos soviéticos. Más alto que él, mucho más rubio, con hombros de atleta, facciones enérgicas y angulosas, ojos grises, Nikolai Borov vestía una trinchera con una indiferencia tan absoluta que resultaba sorprendentemente elegante. En realidad, el ruso podía ponerse un saco y parecería igualmente un atleta elegante.

Si Kinkelin no hubiese sido tan zorro y tan veterano se habría preguntado qué hacía allí Nikolai Borov, y hasta habría especulado mentalmente con la posibilidad de que la presencia del ruso en el tren fuese una casualidad, una coincidencia. Pero como Kinkelin era zorro y veterano, llegó a la velocísima conclusión de que el espía soviético estaba en el tren vigilándole a él.

Mal asunto.

Cuando Nikolai Borov extendía su zarpa nadie escapaba de ella. De modo que había que pensar y hacer algo. Y pronto.

Controlándose perfectamente, Kinkelin se dirigió hacia el extremo del pasillo en dirección a Borov. Éste se comportó con una naturalidad total: volvió la cabeza, vio acercarse a otro pasajero y se encogió un poco acercando todo su cuerpo a la ventanilla, para

ceder el paso. Todo normal. Kinkelin recorrió el pasillo, pasó al vagón siguiente y, como si alguien le estuviera vigilando (lo que ahora ya no le sorprendería), hizo el gesto de quien ha olvidado algo, y dio la vuelta.

Cuando apareció de nuevo en su vagón, Nikolai Borov estaba encendiendo un cigarrillo. Kinkelin se preguntó si el ruso se disponía a ir tras él en aquel momento o bien permanecería allí mientras algún compañero suyo, o varios, le tenían controlado estuviera en el vagón que estuviera. Tanto en un caso como en otro la cosa estaba clara: la K. G. B, le había echado el ojo encima, y eso significaba que estaba listo, fuera de fuego para la eternidad.

Y justamente ahora que tenía un norteamericano esperándole... con un montón de dólares, sin duda.

Borov fumaba con admirable indiferencia cuando Kinkelin llegó a su altura. Ni siquiera le miró esta vez: simplemente, volvió a cederle el paso.

Pero Kinkelin sacó su pistola con silenciador incorporado, y se la dejó ver un instante a Borov mientras decía, con voz contenida:

—Precédame a mi compartimento. La puerta está abierta.

Borov le miró directa y fijamente. Miró luego la pistola, asintió y giró hacia el compartimento de Kinkelin. Éste había hablado en alemán, sin empacho alguno. Había oído decir que Nikolai Borov hablaba quince idiomas, si se contaban algunos dialectos chinos y rusos. Exageraciones, seguramente.

El ruso entró en el compartimento; Kinkelin lo hizo tras él, cerró la puerta sin perder de vista a su «invitado» y preguntó:

—¿Va armado?

—Naturalmente. ¿Me conoce usted, Kinkelin?

—Sí. Me he cruzado con usted en varias ocasiones, aunque usted no se fijó en mí.

—Tal vez habría sido mejor que usted tampoco se fijara en mí. Así no me habría amenazado, al no conocerme. Guarde esa pistola.

—No diga estupideces —gruñó Kinkelin—. Voy a tener la pistola en la mano, y usted será quien va a desprenderse de su arma. Sáquela con dos dedos y tírela en esa esquina del asiento.

—Se está complicando la vida —dijo serenamente Borov.

—Haga lo que le he dicho.

Nikolai Borov asintió, sacó su pistola «Makarov» y la tiró en el

lugar indicado. Su expresión era serena, tranquila. Diríase que la situación no entrañaba problema alguno para nadie.

—¿Por qué me está siguiendo? —preguntó Kinkelin.

—¿De dónde saca que le estoy siguiendo *a usted*? —replicó el ruso.

—Vamos, no me trate como a un idiota. Sé que me esté siguiendo a mí. Soy una pieza que seguramente andan buscando hace tiempo.

Nikolai Borov sonrió desdeñosamente.

—No se sobrevalore, Kinkelin. Y tenga la seguridad de que si hace tiempo estuviera interesado por usted las cosas ya habrían sucedido.

—Usted me está siguiendo —insistió Kinkelin—. Quiero saber por qué, si no sienten interés por mí. Lo cual no creo, ya que si usted no me conocía de anteriores ocasiones significa que esta vez le han puesto tras de mí después de darle instrucciones y mostrarle alguna fotografía mía. ¿No es así?

—No pienso discutir con un hombre armado —frunció simpáticamente el ceño el ruso.

—Si su actitud va a ser burlarse de mí le voy a meter una bala en la cabeza, Borov.

—Tranquilícese —gruñó ahora el ruso—. Simplemente, queremos saber qué está usted haciendo en la actualidad, eso es todo.

—¿Por qué?

—Porque de cuando en cuando conviene saber a qué se dedican los tipos como usted, no sea que estén organizando algún que otro pequeño cataclismo. Usted es un criminal de la peor especie, Kinkelin, de esos que andan por Europa tocándole los cojones al prójimo a cambio de dinero. Hoy le hace una cochinateda a los rusos, mañana a los franceses, al día siguiente a los propios alemanes... Vende y compra de todo, desde drogas a vísceras de niño para *gourmets*. Provoca, desafía, enemista a la gente. Bueno, me dije que tal vez estuviera preparando ahora algo que no me gustase.

Luther Kinkelin estuvo unos segundos en silencio, mirando fijamente al espía soviético. Por fin, murmuró:

—Han sabido ustedes que he recibido oferta de contacto con un norteamericano, y quieren saber quién es y qué pasa. ¿No es eso?

—¡Ah! ¿De modo que va a Munich a entrevistarse con un americano?

—No se haga el tonto. ¡Usted ya sabía eso!

—Tal vez —sonrió Borov.

—Sí, tienen que saberlo —pareció reflexionar Kinkelin—. Tienen que saberlo, para haber puesto tras de mí nada menos que a Nikolai Borov.

—Favor que usted me hace. Escuche, Kinkelin, guarde el arma y hablemos de modo razonable. ¿O acaso se le ha metido en la cabeza la idea de eliminarme? Si hiciera tal cosa no viviría usted más allá de una semana, y lo sabe perfectamente. Mis compañeros lo cazarían como a un lobo rabioso, se escondiera donde se escondiera. Hablemos. Hagamos un trato. Dígame quién es el americano y cuál es el negocio propuesto, y yo procuraré que no salga usted demasiado perjudicado... si es posible, se entiende.

—¿Me está perdonando la vida? —sonrió furiosamente Kinkelin.

—Digamos que estoy preservando la vida de ambos. ¿Hablamos?

Luther Kinkelin volvió a quedar pensativo, siempre fija su mirada en los grises ojos del ruso. ¿Hablar? Había una cosa segura en aquel asunto: los rusos, una vez puesto en evidencia Nikolai Borov, ya no le dejarían tranquilo, no le dejarían marchar tan fácilmente. Le echarían la zarpa. Tanto si Borov estaba ahora solo como acompañado, estaba claro que la K. G. B, había decidido dejar de darle cuerda al incordiante Luther Kinkelin, que, entre otras cosas, había matado más de doce hombres en sus años de actividad criminal. ¿Hablar?

Nada de eso.

La cosa estaba clara en la mente de Kinkelin: lo que tenía que hacer, y cuanto antes, era liquidar a Borov y apearse del tren, para escapar a toda prisa de Alemania, y acto seguido de Europa. Tal vez a África...

Frente a Kinkelin. Nikolai Borov también le miraba fijamente a los ojos. Y el ruso vio en los ojos de Kinkelin, como si éstos fuesen una pantalla de ordenador, la sentencia de muerte. Supo que esta sentencia se había producido incluso antes de que lo supiera con plena consciencia el propio Kinkelin.

Y con esta información de primerísima mano en su poder, Borov hizo lo lógico: defender su vida.

Defenderla antes de que la sentencia de muerte estuviera completamente firmada.

Su gesto sorprendió a Kinkelin, que respingó cuando el ruso se movió y quiso entonces acelerar los trámites, acelerar la ejecución de la sentencia todavía incompleta. Fue como un pequeño seísmo mental para Luther Kinkelin. Un seísmo del cual todavía llegó a tiempo de extraer a salvo y entera la orden: disparar contra el ruso.

En ese mismo instante, tras su veloz gesto, Borov llegaba ante Kinkelin, le sujetaba la muñeca derecha y la apartaba, al mismo tiempo que disparaba el otro puño hacia el vientre del alemán. Éste disparó, sonó el chasquido amortiguado y, menos amortiguado, el impacto del puño de Borov contra su cuerpo. La bala se clavó en el piso en su confluencia con un tabique. Kinkelin cayó sentado y encogido, como muerto, en el sofálitera. Estaba blanco como la leche, no tenía aire en su cuerpo, sentía náuseas y creía estar muriéndose, tal fue el dolor del cruel puñetazo propinado por Borov. Pero, en su casi agonía, Kinkelin tocó con su mano izquierda la pistola del propio Borov, y, sacando fuerzas de flaqueza, la alzó y apuntó con ella al ruso.

Plop, chascó el disparo.

Nikolai Borov no pudo evitar un grito de dolor cuando la bala de su propia pistola le hirió en el costado izquierdo, produciéndole la sensación de un mordisco de bestia furiosa. Su cerebro dio la orden de supervivencia, y el espía ruso la cumplió: apretó su codo derecho contra el costado, el cuchillo se deslizó por el antebrazo hacia su mano, y ésta, tras empuñarlo fuertemente, lanzó el golpe hacia delante.

Luther Kinkelin murió en el acto.

El cuchillo se clavó en su corazón, llegando allá con una violencia y una fuerza terribles. Un grito estrangulado, como desgarrado, brotó de la garganta de Luther Kinkelin mientras sus ojos se desorbitaban. Luego, simplemente, se relajó, la cabeza colgó hacia adelante, y quedó muerto. Todo en menos de un segundo. Nikolai Borov retiró el cuchillo del cuerpo del alemán y retrocedió, mirando su herida.

Maldijo sordamente en ruso, y se metió en el diminuto lavabo del compartimento tras quitarse la trinchera, que le había protegido bastante, así como la chaqueta. Se quitó también ésta, rompió la

camisa, y contempló la sima roja en su costado...

Estaba más furioso que dolorido, pese a que la herida, aun sin ser peligrosa en absoluto, sí era dolorosa. Con trozos de camisa que fue arrancando se limpió lo mejor que pudo, colocó finalmente un trozo más grande doblado varias veces, y lo sujetó con el cinturón que retiró de los pantalones. Se puso la chaqueta, salió del lavabo y registró a toda prisa a Luther Kinkelin, pasando a sus bolsillos todo cuanto encontró en los del alemán. El cuchillo, ya limpio, regresó a su truco de la manga. Finalmente, tras recoger también las dos pistolas, metiendo en la funda la suya y la de Kinkelin en un bolsillo de la trinchera, dobló ésta de modo que no se viera el agujero manchado de sangre, la colocó sobre el brazo doblada y ante el agujero igualmente sangriento de la chaqueta, y, con la misma mano, agarró la maleta de Kinkelin.

Con aspecto tranquilo y reposado, Nikolai Borov abrió la puerta del compartimento... y se quedó mirando la pistola que apareció ante su nariz.

—¿Adónde cree usted que va, amigo? —Oyó la pregunta en alemán.

Otra pistola apareció junto a la primera, también con su negro ojo mortífero interesado por la nariz del espía soviético. Y otra voz, igualmente sarcástica, igualmente en alemán, dijo:

—Sí, eso, díganos: ¿adónde cree usted que va, amigo?

—Y otra pregunta: ¿qué ha pasado con Kinkelin?

Nikolai Borov no contestó. Se estaba viendo llegar mal las cosas, porque aunque aquellos dos sujetos hablasen bien el alemán, eran norteamericanos. ¡Si conocería él a los americanos...! No sólo por el acento, sino por aquel modo absurdo de hablar. Americanos. Pero no de la

C. I. A.,

eso ni hablar. Con su finísimo olfato de veterano espía, Borov supo que aquel par de sujetos no eran más que unos desgraciados dándose importancia... Pero tenían armas, y esas armas le estaban apuntando a él.

—Con que se las está dando de machito silencioso, ¿eh? —dijo uno de los americanos—. Bueno, ya veremos si aguanta la representación hasta el final. Entre, amigo: usted y nosotros vamos a charlar un ratito de las cosas de la vida.

—Sí —dijo el otro, sonriendo ferozmente—, vamos a charlar de las cosas de la vida; ¡ya verá qué divertido!

Nikolai Borov se resignó.

Retrocedió, entrando en el compartimento de Kinkelin.

CAPÍTULO II

Los dos sujetos entraron tras él, vieron inmediatamente a Luther Kinkelin sentado y muerto, y uno de ellos se apresuró a cerrar la puerta, sin dejar de mirar, ahora con evidente sobresalto, a Nikolai Borov.

—¡Ha matado a Kinkelin! —jadeó uno de ellos.

—Mira a ver —dijo el otro—: quizá todavía esté vivo.

—No está vivo —gruñó Borov.

—Entonces, ¿está muerto?

Nikolai frunció el ceño. ¿Se estaban burlando de él o eran realmente idiotas?

—Está muerto —dijo—. Tuve que matarlo, eso es todo. Escuchen, ustedes no son alemanes, sino americanos, ¿cierto? Pues hablemos de...

—¡Cierre la boca! O mejor aún, se la vamos a cerrar nosotros. Ya no vamos a poder contar con Kinkelin, de modo que no tenemos nada que hacer en este tren. ¡Maldita sea, con lo que nos costó hacer el contacto con Kinkelin y viene este puerco y nos lo mata!

—Matémosle a él y larguémonos —dijo el otro.

No oyeron nada. Pero ambos supieron que, tras ellos, la puerta del compartimento se había abierto. Entonces sí oyeron la voz femenina:

—Puedo matarlos a los dos en medio segundo. Y eso es lo que voy a hacer si se comportan estúpidamente. ¡No se vuelvan! Todo lo que han de hacer es permitir que Borov les quite las armas. Hágalo, Borov.

El ruso sí veía a la mujer, pues había estado encarado hacia los dos americanos. Los cuerpos de éstos ocultaban el de la mujer, pero no su rostro. Un rostro de facciones dulcemente acusadas, esclavas,

finas pero enérgicas. Boca sonrosada, ojos verdes, cabellos largos y rubios. Bellísima. Joven. Inteligente... y de gran carácter, sin la menor duda.

—¿Borov? —Respingó uno de los americanos—. ¿Es ruso?

La mirada de Nikolai, con matices asesinos, miró al «gracioso» que le había estado amenazando y, sin más, mientras con la mano derecha le quitaba la pistola le descargó un patadón en los testículos que fulminó al hombre a sus pies, como muerto. El otro palideció, se le vieron las ganas de disparar contra Borov, el temor a las consecuencias para él si hacía tal cosa, y ya no pudo hacer más: con la pistola de su compañero, Borov le golpeó en un lado de la frente, y el hombre, con un quejido, poniendo los ojos en blanco, se desplomó sobre el sofá-litera junto a Kinkelin, rebotó y cayó sobre su también desvanecido compañero.

La rubia cerró la puerta, y dijo:

—¿Era necesaria tanta violencia y rabia?

—No es por rencor —explicó Borov—. Son los dos tipos más imbéciles que he conocido nunca en la profesión. Es decir, no creo que sean de nuestra profesión.

—¿Cuál profesión? —Alzó las cejas la rubia, que sostenía la pequeña pistola muy suavemente entre sus finos dedos.

—Oiga, no empecemos con usted también, por favor. Si me conoce, si sabe que me llamo Borov, sabe también más cosas sobre mí, ¿no es cierto? ¿O no sabe que soy un maldito espía ruso?

—¿Un maldito espía ruso? —sonrió la preciosa rubia—. ¿Por qué se llama maldito a sí mismo?

—Porque eso es lo que debe pensar usted de los espías rusos, supongo.

—Pues supone mal. Para mí, los espías rusos son unos colegas como otros cualquiera.

Nikolai Borov entornó los párpados, y examinó con crítica atención a la bella desconocida. Era considerablemente alta, y bajo el gabán se adivinaban formas espléndidas. El ruso se pasó lentamente la lengua por los labios.

—Usted no es alemana —susurró.

—No, no lo soy.

—¿Americana, tal vez? —deslizó muy suavemente Nikolai.

—No. Británica.

—Ya. Británica.

—Sí, británica.

—De acuerdo: británica. ¿Cómo debo llamarla?

—Amanda Louise Carrington-Lower.

—¿No le parece demasiado largo?

—Puede llamarme Amanda. Y si no le importa yo le llamaré a usted Nick, simplemente. —No, no me importa— sonrió de pronto Nikolai Borov.

—Su rostro cambia mucho cuando sonríe —sonrió a su vez Amanda Louise Carrington-Lower.

—Incluso debo parecer un buen muchacho.

—Tengo entendido que lo es.

—¿De veras? Bueno, no quisiera que hubiera ningún malentendido: ¿es usted del espionaje británico?

—Por supuesto —se sorprendió la rubia.

—Claro. Bueno, y sabe perfectamente que yo soy de la K. G. B., ¿no es así?

—Lo sé perfectamente.

—¿Y pese a eso le parece que soy un buen muchacho?

—Ésas son mis referencias sobre usted.

—Fantástico. Hablemos de otra cosa que no sea nosotros mismos: ¿qué hace una chica americana como usted en un tren como éste?

—Británica —corrigió Amanda Louise.

—Oh, sí, perdón: británica. Dígame la verdad: ¿qué está pasando?

—¿Usted no lo sabe?

—No.

—Entonces, ¿por qué seguía a Kinkelin?

—Porque sabíamos que andaba enredándose con los americanos y nos pareció que ya había llegado el momento de pararle los pies. Me pregunto si sabe usted que Kinkelin era un criminal de la peor especie.

—Sí, lo sé. Yo también andaba tras él por el mismo motivo: quería saber qué tenía que decirse él con ciertos americanos. Captamos el rumor de que unos americanos andaban buscando a Kinkelin por Alemania Federal para ofrecerle un buen asunto, y nos

interesamos por ello. Nunca se sabe qué cosa interesante puede surgir en cualquier momento, en nuestro trabajo.

—De acuerdo en eso. ¿Le importa que me siente?

—En absoluto. Creí que la herida no era grave.

—No lo es, pero no soy de hierro. Además, sentado se conversa mejor.

—Mi compartimento es tres puertas más allá, hacia la marcha del tren —dijo Amanda Louise—, y he dejado la puerta abierta. Si prefiere esperarme allí, dentro de unos minutos le haré una cura bastante decente.

—¿Por qué no vamos juntos allá?

—Porque yo voy a trasladar a estos dos caballeros y a Kinkelin al lavabo, y a dejarlos ahí empaquetados, de momento. Si pasa el revisor o el empleado que prepara las camas preferiría que, por ahora, no viese nada que le alarmase.

—Me parece razonable. ¿La ayudo?

—No. Por favor, no toque nada en mi compartimento. Usted viaja solo, según creo.

—Sí, solo. No llevo ni siquiera equipaje.

Amanda asintió y Nikolai abandonó el compartimento. Recorrió el pasillo, abrió la tercera puerta, entró, y cerró tras él. Por un momento había pensado que la espía del aristocrático nombre podía viajar acompañada, pero parecía que no.

Sobre la rejilla vio la maleta y, junto a ésta, un maletín de viaje. Las manos se le iban a Borov hacia este maletín, pero consiguió dominarse. Dejó a un lado la maleta de Kinkelin, y sobre ella su trinchera. Se sentó y encendió un cigarrillo. Todavía no lo había terminado cuando entró Amanda, con una trinchera, una chaqueta y una camisa en las manos. Lo dejó todo junto a Nikolai, bajó de la red su maletín y señaló el lavabo. Nikolai entró, y ella lo hizo detrás. Dentro del maletín llevaba lo necesario para una cura de urgencia improvisada, lo que realizó con notable habilidad. La herida quedó bien protegida, sellada y sujeta con tiras de esparadrapo.

—Y ahora —dijo Nikolai— debo ponerme la ropa que ha requisado a los estúpidos americanos para mí.

—Será lo mejor. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente. Nunca un enemigo me atendió tan bien.

—No soy su enemiga.

—¡Ah! ¿Quiere un cigarrillo? Ruso, desde luego.

—Prefiero los americanos.

—¿Qué tienen de malo los rusos?

—Que me gustan menos. Muy curioso su jueguito del cuchillo en el antebrazo.

—Con hoy, ya van siete veces que me salva de un apuro serio. ¿Qué trucos tiene usted?

—¡Huy, muchos! —Amanda se echó a reír—. ¿Ha examinado la maleta de Kinkelin?

—Todavía no. Y tengo en los bolsillos de la trinchera todas sus cosas personales.

—Vamos a ver si sacamos algo en claro.

Colocaron sobre el sofá-litera todas las cosas de Kinkelin, abrieron la maleta y fueron sacando despaciosamente prenda tras prenda, palpándola. Luego revisaron la billetera, el pañuelo, el encendedor, las llaves, un estuche de cerillas, el pasaje del tren... Éste proseguía su marcha hacia el Sur, deslizándose suavemente en la negrura de la noche, prácticamente en silencio.

—Nada de nada —dijo por fin Nikolai—. Acudía a una cita, eso es todo. Una cita con los dos idiotas, lo dijeron bien claramente. ¿Qué ha hecho con ellos?

—Vamos a verlos. Estoy segura de que entre los dos nos las arreglaremos para hacerles hablar largo y tendido.

Regresaron al compartimento de Kinkelin, a quien no se veía por parte alguna. Amanda cerró la puerta y abrió la del lavabo. Kinkelin, encogido, retorcido, yacía en el suelo. Sobre él, tirados de cualquier manera, atados de pies y manos con finos cordeles y amordazados fuertemente con sus propias corbatas, yacían los dos americanos de cine malo. Los dos miraron con los ojos muy abiertos a Nikolai, y tanto éste como Amanda captaron perfectamente sus grandes deseos de comunicarse. Y, al parecer, con Borov, pues era a éste a quien miraban ansiosamente.

De un tirón, el ruso le bajó la mordaza a uno de ellos.

—¿Qué pasa? —Gruñó.

—¡Si es usted ruso tenemos una proposición que hacerle! —estalló jadeante el sujeto, sofocado el rostro.

—¿Qué proposición?

—Bueno, precisamente habíamos buscado a Kinkelin para que fuese él quien nos buscara un contacto adecuado con los rusos... Nosotros no sabemos de qué se trata, sólo hemos subido al tren en Hamburgo para decirle a Kinkelin dónde teníamos que apearnos los tres. Pero nos dimos cuenta de que él y usted entraban aquí y que...

—Dejen eso —se fastidió Borov—. ¿Dónde tenían que apearse y con qué objeto?

—En Ehlershausen. Es decir, en Celle, y allí subir al coche que dejamos para regresar con él a Ehlershausen, donde nos espera nuestro jefe. ¡Le juro que le estoy diciendo la verdad, lo que busca mi jefe en definitiva es contacto con los rusos!

—Un contacto adecuado, ya sé. ¿Qué es para ustedes un contacto... adecuado? —No lo sé, ya le digo que eso lo sabe mi jefe.

—¿Quién es su jefe? ¿Lo sabe?

—Oh, eso sí, claro: se llama Peter Peters.

—Peter Peters. ¿Americano, como ustedes?

—Sí, claro.

Borov miró con gesto interrogante a Amanda, que movió negativamente la cabeza; no, no conocía a nadie llamado Peter Peters. El americano atado interpretó de modo muy diferente el gesto de Amanda, y exclamó:

—¡Les juro que es verdad! Escuche, usted y su camarada pueden venir con nosotros y matarnos si les hemos mentado. ¡Pero no hagan nada hasta convencerse de que les decimos la verdad! Sabemos que nuestro jefe tiene algo que ofrecer que interesará muchísimo a Rusia... ¡Muchísimo! Ustedes son rusos, no pueden dejar pasar esta ocasión de adquirir algo formidable. ¡Les estoy diciendo la verdad!

—¿Por qué recurrieron a un sujeto como Kinkelin para esa operación de contacto? —preguntó Amanda—. Era un criminal de la peor especie, ¿lo sabían? El servicio secreto británico, el americano y varios más tenían ganas de quitarlo de en medio. Incluido el ruso, por supuesto, el nuestro.

Nikolai miró con cierta hostilidad a Amanda, que acababa de adjudicarse titularidad en el servicio secreto ruso, cimentando el engaño en el que el americano había incurrido creyéndola camarada suya. Ella apretó una sonrisa, y eso fue todo.

—Precisamente queríamos alguien que fuese capaz de conseguirnos contactos no usuales —decía el americano—. Y nos

pareció que Kinkelin era el hombre adecuado. Le hablamos por teléfono en Hamburgo, le dijimos que teníamos un negocio de envergadura para él, y que tomase este tren, que haríamos contacto durante el viaje...

—No nos expliquen cosas de niños —cortó Nikolai—; todo eso son detalles sin importancia. Hablemos de cosas que sí son importantes. Vamos a ver si entiendo: ¿nos ofrecen algo directamente a mi camarada y a mí?

—¡Claro! ¡Ya le he dicho que sólo queríamos a Kinkelin como mediador!

—Es decir, que nos proponen que al llegar a Celle bajemos del tren y subamos a un coche que tienen esperando allí, con el cual iremos a Ehlershausen, donde el jefe de ustedes, ese tal Peter Peters, nos hará directamente la proposición que pensaba hacer de todos modos utilizando a Kinkelin.

—Sí. ¡Exactamente, eso es!

—¿Cuánto debe faltar para Celle? —reflexionó Amanda.

—Muy poco —dijo Nikolai—. Miren, «amigos», les vamos a creer, por el momento, pero no se engañen con mi camarada y conmigo: somos peores que Kinkelin, ¿entienden?

—Sí. Sí, señor, no se preocupe usted. Haremos lo que usted diga, señor Borov.

—Señor Borov... —repitió éste—. No suena mal.

—¿Cómo debemos llamar a su camarada?

—Irina —dijo Amanda—. Y nada de señorita Irina, no sé si entienden. Ni camarada. Irina a secas estará bien. ¿Y quiénes son ustedes?

—Yo soy Jimmy Adler, y mi compañero es Gordon Fenwick. Escuchen, debemos darnos prisa, o vamos a llegar a Celle y todavía estaremos mi compañero y yo atados, y entonces...

—Cállese —gruñó Nikolai—: me da dolor de cabeza.

—A mí también —casi rió Amanda—. Pero tienen razón: o nos espabilamos y no podremos apearnos en Celle para desde allí ir a ver al señor Peter Peters.

CAPÍTULO III

—Lo que no entiendo —dijo Peter Peters— es por qué mató usted a Kinkelin.

Borov frunció el ceño y dijo:

—Por la sencilla razón de que si no le hubiera matado yo a él me habría matado él a mí.

Usted no entiende la clase de sujeto que era Kinkelin, según parece, señor Peters.

—¿La clase de sujeto que era? ¿Qué quiere decir?

—Que era un hombre malvado.

El asombro apareció en las adiposas facciones de Peter Peters. Y acto seguido una sonrisa levemente burlona.

—Es extraño oír hablar así a un hombre de la
K. G. B.,
Borov.

—No tan extraño. Yo soy un agente secreto, no un criminal. Kinkelin era todo lo contrario: un criminal, no un agente secreto. Y me sorprende que usted recurriese a un hombre así para buscar contacto con nosotros.

—Necesitaba un contacto poco usual, que no pudiera ser detectado por la
C. I. A.,

que no estuviese bajo el control de los americanos, y me pareció, por las indagaciones que hice, que Kinkelin era el hombre conveniente.

—Está bien. Mire, ya hemos hablado lo suficiente de todo eso, me parece a mí. Si quería usted negociar algo con los rusos, ya tiene delante a dos rusos. ¿Cuál es su oferta? Peter Peters se quedó mirando fijamente a Borov, y luego a Amanda, es decir, a Irina,

como la conocía él. A su vez, los dos espías miraban inexpressivamente al americano: alto, gordo, blando, de carnes blancas, de cabellos rubios tan claros como el color de la paja, ojos azules muy claros. Vestía ropa de abrigo de calidad, pero resultaba repugnante, producía la impresión de ser un hombre blando y egoísta, glotón y lujurioso; esto último quedaba no poco claro por el modo en que miraba a la bellísima Amanda Louise, que simulaba no descifrar la sucia mirada.

Habían llegado a Celle con el tiempo justo para apearse del tren. Habían subido al coche con los dos americanos tontos, y habían proseguido el viaje hasta Ehlershausen, población que habían cruzado, para llegar finalmente a un pequeño chalé en las afueras, donde esperaba Peter Peters, un hombre desagradable, pero sin duda inteligente, y quizá más peligroso de lo que parecía. Peters había escuchado de labios de sus hombres lo ocurrido y, tras las últimas aclaraciones, ahora reflexionaba sobre la situación.

¿Su oferta?

No parecía muy decidido a hacerla, pero, finalmente, debió llegar a un acuerdo consigo mismo, porque dijo:

—Sería una tontería complicar más las cosas, desde luego. Yo quería a los rusos y ya los tengo. Muy bien, hablemos. Lo primero que tienen que saber ustedes es que quiero dos millones y medio de dólares por la información.

Ni Irina ni Borov se inmutaron. Ella preguntó:

—¿Qué información?

—He dicho dos millones y medio de dólares.

—Y yo he preguntado: ¿qué información? Porque si los vale los pagaremos. Pero, señor Peters, permítame decirle que dudo mucho que usted pueda disponer de una información por la que Rusia está dispuesta a pagar semejante cantidad.

—Pues la tengo.

—Muy bien. ¿Cuál es?

Peter Peters volvió a quedar pensativo, como valorando las últimas consecuencias de su decisión. Frente a él, Amanda y Nikolai le miraban sin variar su expresión hermética. Peters bebió el último trago de su *whisky*, se puso en pie y fue hacia una pared de la sala, en la cual colgó un plano de Europa que había tenido enrollado. Nikolai y Amanda no le perdían de vista. Los dos americanos tontos,

sentados, fumaban complacidamente, y miraban a la británica y al ruso con cierta sorna engreída, como diciendo: ¡ahora veréis lo que es bueno!

—Naturalmente —murmuró Peters—, les supongo enterados de que en la actualidad existe una tensión muy considerable, debido a la decisión de Estados Unidos de instalar en Europa quinientos setenta y dos misiles nucleares.

—Enterados —asintió Nikolai.

—Se están gestando negociaciones al respecto —murmuró Amanda—. Hay ofertas, contraofertas, condiciones, amenazas, acuerdos... Eso, señor Peters, lo sabe todo el mundo, pues lo están publicando los periódicos.

—Sí, sí. Bueno, según parece Rusia se enfadaría bastante si, finalmente, esos quinientos setenta y dos artefactos nucleares fuesen instalados en Europa.

—Se enfadaría bastante —asintió Nikolai pacientemente—, porque la totalidad de esos proyectiles quedarían apuntando a Rusia. Supongo que comprende usted el enfado de Rusia.

—No entro ni salgo en eso. Es cosa de ustedes y de los americanos, o de la O. T. A. N.

y el Pacto de Varsovia. El hecho cierto es que existe esa situación, que podría terminar de modo... catastrófico.

—Dudo que llegue a ocurrir nada catastrófico —dijo Amanda—: los americanos terminarán por ceder. Obteniendo también algo a cambio, claro, pero no creo que lleven la situación al extremo de provocar tanto a los rusos.

—Oh, sí, desde luego —asintió irónicamente Peter Peters—: los americanos finalmente cederán, y no instalarán esos 572 proyectiles nucleares en Europa.

—¿Cuál es el motivo de su ironía, puedo saberlo? —Frunció el ceño Amanda.

Peters miró a Nikolai y Amanda como el mago que se dispone a hacer un maravilloso juego de manos y requiere toda la atención de su público para que luego le aplaudan muchísimo.

—¿Qué dirían ustedes si yo les informara de que Estados Unidos no instalará esos 572 proyectiles nucleares en Europa... por la sencilla razón de que YA tiene instalados 1218?

Amanda y Nikolai se quedaron como si no hubieran oído. Los dos americanos tontos y Peter Peters los miraban expectantes; los dos primeros tras un sobresalto, aunque no comprendían del todo la magnitud de la información. Amanda Louise Carrington-Lower seguía sin reaccionar. Nikolai Borov, finalmente, murmuró:

—¿Está usted loco?

—¡Ah, les he sorprendido, realmente! —Mostró su satisfacción Peters—. Ya me hago cargo de que es una noticia difícil de digerir, y hasta simplemente de aceptar, pero...

—Eso es mentira —dijo de pronto Amanda.

—¿Mentira? —Pareció escandalizarse Peters—. ¿Cree usted que yo buscaría al servicio secreto ruso para contarle una mentira de esta magnitud? Me parece que usted no me ha valorado debidamente, Irina.

—Eso no puede ser cierto.

—¿No? ¿Por qué? ¿Porque si Estados Unidos hubiese instalado esos 1218 proyectiles nucleares ustedes, los rusos, se habrían enterado? ¿Realmente creen que nadie puede hacer nada sin que ustedes se enteren? En ese caso, son tan fatuos como los de la C. I. A.,

que creen que tienen controlado el mundo entero. Tal vez sea así en general, pero siempre pueden ocurrir cosas que ellos no controlen. Lo mismo con la

K. G. B.

Y bien poco importa que unos y otros dispongan de traidores en el otro bando, de satélites espías y de todo en tecnicismo que quieran: *todavía* se pueden hacer cosas en secreto, aunque esas cosas tengan la envergadura de colocar en Europa 1218 proyectiles nucleares, apuntando a Rusia, en efecto. Ahora bien, si no les interesa el tema podemos dejarlo.

—Si lo dejásemos ahora —deslizó Nikolai— nos ahorraríamos tener que pagarle a usted la información.

—¿Creen que la información es ésa? Bueno, realmente ya veo que les ha sorprendido, pero no es sólo eso lo que puedo venderles. Pedimos mucho dinero, pero ofrecemos algo que vale la pena.

—¿Qué más ofrecen?

—Me imagino que les gustaría saber *dónde* están esos proyectiles.

—Desde luego. ¿Dónde?

—Bueno —sonrió Peter Peters—, eso ya forma parte del negocio tomado en serio, ¿no cree? Si quieren saber dónde están deberán pagar los dos millones y medio.

—¿Debemos entender que los 1218 proyectiles están todos en el mismo lugar?

—Tal vez.

—Señor Peters —intervino Amanda—: ¿realmente tiene la pretensión de que Rusia le pague a usted dos millones y medio de dólares a cambio de unas cuantas palabras que podrían ser mentira?

—Estoy diciendo la verdad.

—Podría ser —admitió Amanda—, pero entienda usted bien que Rusia no pagará nada antes de comprobar que usted dice esa verdad. Lo que significa que si usted quiere cobrar, antes tendrá que *demostrarnos* la existencia de esos proyectiles. Y si no nos dice dónde están difícilmente podremos comprobar su existencia y presencia en Europa. ¿Me he explicado?

—Desde luego.

—Pues estamos en un callejón sin salida, según parece: usted no facilita la información si no cobra y nosotros no pagamos si no comprobamos que la información es auténtica.

—Sí, es una situación molesta —reflexionó Peter Peters.

—Ya sé que no va a creerme, pero podemos hacer un trato: usted nos dice dónde están los proyectiles, nosotros lo comprobamos, y si ha dicho la verdad le pagamos los dos millones y medio.

—¡Puedo ser ingenuo, pero no tan tonto! —protestó Peters—. ¡Ustedes no me pagarían ni un centavo una vez tuvieran la información!

—Le pagaríamos. Usted pide mucho dinero, pero ¿cree que esa cantidad tiene importancia para Rusia a cambio de una información como ésta, con la que podríamos hacer papilla a los americanos en las conferencias de desarme y de acuerdos especiales?

—No, no la tiene, pero simplemente querrían ahorrársela.

—Si quisiéramos ahorrárnosla —sonrió Amanda Louise— nos bastaría con matar ahora mismo a Gordon y Jimmy y llevárnoslo a usted a un lugar donde nos diría todo lo que quisiéramos saber.

—No has debido asustarlo —dijo amablemente Nikolai.

—¡Eso es una cerdada! —Palideció Peter Peters.

—Sí, lo es —admitió lealmente Nikolai.

—Y usted es un personaje curioso —rió Amanda—. ¿Con qué clase de gente esperaba tratar, señor Peters? Aunque el contacto se lo hubiera proporcionado Kinkelin, ¿cree que le habrían enviado rusos más fáciles de tratar que nosotros? En el fondo, me atrevo a decirle que ha tenido usted suerte. Somos de lo mejorcito de la K. G. B.

¿No es cierto, Nikolai?

—Desde luego —sonrió también Borov—: somos angelicales. Aunque también nos enfadamos de cuando en cuando, claro.

—Claro —asintió Amanda—. ¿Y bien, señor Peters?

—Esto es una cerdada.

—Ya lo ha dicho antes, y hemos estado de acuerdo con usted. Vamos, no nos trate como a tontos *usted a nosotros*, ¿quiere? —La mirada de Amanda pareció congelarse de repente—. Es lógico que usted esperase de los rusos lo peor, de modo que tiene que haber venido preparado para hacer frente a cualquier contingencia, incluyendo esta de liquidar a sus amigos y llevárnoslo a usted... ¿Cuál es su jugada? ¿Qué triunfo se está reservando?

—¿Yo? Les aseguro...

—Señor Peters —dijo ahora Nikolai—: ¿quiere que lo clave a la pared de una cuchillada?

—No, no, escuchen...

—Terminemos con esta comedia. Díganos cuál es su triunfo y luego, tal como tenía previsto desde el primer momento, que existen esos 1218 proyectiles nucleares y que están instalados en Europa. ¿Conforme?

La mirada azul de Peters, tan clara que parecía de agua, iba de uno a otro espía. Por fin, suspiró con cómica resignación no exenta de cierta burla, y dijo:

—Está bien. ¿Mi triunfo? Escuchen bien esto: si a mí me ocurre algo, o después de efectuado el negocio completo deciden no pagarme la cantidad convenida, *alguien* disparará dieciséis de esos proyectiles directamente sobre Moscú...

—¿Significa eso que dispone de cómplices en el lugar donde están instalados los proyectiles?

—Yo, no: mi jefe, el que ha ideado, preparado y decidido todos

los puntos de la operación. El sí conoce a alguien que, por medio millón de dólares, dispararía esos dieciséis proyectiles, pues forma parte del personal que los atiende y los dispararía en caso de contienda bélica entre U. S. A, y U R S S. Ahora, ustedes querrán tal vez saber quién es mi jefe. Pues no, no van a saberlo, y piensen bien lo que hacen porque si cada dos horas yo no me comunico con él las cosas se podrían complicar muchísimo. ¿Entendido?

—Entendido su sistema de seguridad —asintió Amanda—: está usted a salvo, no vamos a saber quién es su jefe, y le pagaremos cuando hayamos comprobado la existencia y presencia en Europa de los 1218 proyectiles nucleares americanos. De acuerdo. Ahora: ¿dónde están y cómo puede usted demostrar que están?

Peter Peters agarró un puntero y comenzó a señalar puntos en el mapa de Europa.

—Están aquí, aquí, aquí, aquí...

—Un momento —dio un paso hacia el mapa Nikolai—. Usted está señalando las zonas prohibidas de Europa.

—Naturalmente.

—Eso es absurdo.

—¿Absurdo? ¿Por qué?

—Esas zonas están señaladas incluso en vulgares mapas de carreteras de Europa, con un rayadillo especial. Las hay en Francia, Alemania, Suecia... Sabemos que hay ahí dispositivos militares y de secretos de cierto nivel, pero es algo que nunca nos ha preocupado demasiado. Además, como le digo, todo el mundo puede localizar esas zonas, saber que son prohibidas, y sentir una lógica curiosidad por ellas.

—Precisamente. ¿A quién se le va a ocurrir que esas zonas prohibidas que están señaladas incluso en vulgares mapas de carreteras albergan en estos momentos más de mil proyectiles nucleares apuntando a la Unión Soviética?

—Forzosamente esas zonas deben estar sometidas a un mínimo de control por parte de camaradas nuestros —insistió Borov—, y jamás he oído menor insinuación respecto a que hayan instalado ahí todo ese arsenal.

—Bueno, Borov, ésa es la jugada, simplemente. Los americanos han pasado esos mil doscientos dieciocho proyectiles ante las narices de ustedes, y hay que aceptarlo así. Están ahí, los tienen

preparados para ser disparados en cualquier momento. Si no lo quieren creer es cosa de ustedes.

Tanto Nikolai como Amanda se acercaron al mapa de Europa donde Peter Peters había marcado en rojo las áreas mencionadas. Había pequeños círculos señalados en rojo al norte, éste y sudeste de Reims; al sudoeste de Rennes; al este de París; al norte de Strasbourg; al este de Limoges; al este de Grenoble; al noroeste de Montpellier; al noroeste de Cannes; al oeste de Gteborg; al sudeste de Bielafeld; al norte de Hannover; al sudeste de Bayreuth; al nordeste y sudeste de Nuremberg...

—Maldita sea —jadeó por fin Nikolai—. ¡Maldita sea!

—Tiene que ser mentira —susurró Amanda.

—Ven conmigo. —Nikolai la asió de un brazo, pero mirando a Peters, al que apuntó con la mano libre—. Ustedes quédense aquí.

Salió del chalé sin soltar el brazo de Amanda. Sólo lo hizo cuando ambos estuvieron fuera y lo suficientemente alejados de la casa para que nadie de ésta pudiera oírles. El frío era considerable y la humedad peor todavía.

—Aclaremos una cosa, antes que nada —dijo como rabiosamente Nikolai Borov—: ¿eres o no eres americana?

—Sí, lo soy.

—De acuerdo. No me importa. Está bien claro que la
C. I. A.

estaba interesada posiblemente antes que la K. G. B, por Luther Kinkelin y, especialmente y con toda lógica, por Peter Peters y esos dos idiotas que le acompañan. Tan interesada estaba la

C. I. A.

por Kinkelin que incluso te metió en el tren con él con equipaje y todo, lo que significa que Kinkelin ya tenía su billete con anterioridad, y que lo habéis estado controlando. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —sonrió Amanda Louise Carrington-Lower.

—Muy bien. Lo pasado, pasado está, y me alegro haber entrado en contacto contigo. Voy a ser sincero contigo: si tú me dices que la Luna es cuadrada yo te creeré; si me dices que en el Polo Norte hace mucho calor y que las ballenas van volando de un lado a otro, te creeré. Pero, seamos prácticos, ¿debo creerte porque tú me digas que Estados Unidos no ha instalado todo ese maldito arsenal en la maldita Europa?

—No, no debes creerme, te comprendo. Te salvé la vida en el tren, pero eso no significa que deba tratarte como a un tonto.

—Perfecto. Entonces, mi pregunta es: ¿existen o no esos proyectiles nucleares instalados en todos esos puntos de Europa?

—No lo sé. Yo creo que no... o prefiero creer que no, pero no lo sé. No puedo decirte otra cosa, Nick.

—En este plan nos entenderemos del todo —gruñó el ruso—. Bueno, estamos entonces sumidos los dos en la misma ignorancia. En cualquier caso, yo no puedo desdeñar esa información. Mi obligación es trasladarla por la vía más rápida a Moscú. ¿Estás de acuerdo?

¿O intentarías matarme antes?

—Supongamos que envías esa información a Moscú. ¿Qué ocurriría?

—¡Demonios! ¡Se armaría una gorda, naturalmente!

—Imagínate que ya se ha armado una gorda —asintió Amanda—. ¿Y si después de que se ha armado resulta que la información de Peters es falsa?

—El dice que puede demostrar que es verdadera.

—Que lo demuestre. Y cuando nos haya convencido a los dos tomaremos una decisión.

El espía soviético se quedó mirando de uno a otro ojo de Amanda, que relucían en la oscuridad. Por fin asintió lentamente. Luego le puso las manos en los hombros, la atrajo y la besó en la boca, levemente, suavemente.

—Pase lo que pase, me alegro de haberte conocido —susurró—, y no sólo porque hayas salvado mi vida. Esa parte espero zanzarla cualquier día.

—Preferiría que no fuese necesario —sonrió Amanda—. Me alegra comprobar que, tal como me advirtieron, eres un ruso fácil de tratar, Nikolai.

—¿Ya no soy Nick?

—No: te sienta mejor Nikolai.

—Pues a ti no te sienta mal el nombre de Irina. Aunque supongo que te sienta mejor Amanda Louise Carrington-Lower. Queda muy aristocrático. Bien, vamos a ver cómo enfocamos el asunto con Peters.

Regresaron al chalé y reanudaron la conversación con el

americano traidor al servicio de otro americano traidor, y que disponía a su servicio de otros dos americanos traidores. Demasiados americanos traidores, pensó el ruso Nikolai Borov en determinado momento. Pero continuó escuchando las explicaciones de Peter Peters y, por último, examinando con gran atención fotocopias de documentos y fotografías de transportes de grandes cajas con la inscripción de maquinaria. Esas cajas, que se veía cómo eran cargadas en barcos o en aviones en territorio norteamericano, aparecían luego en fotografías tomadas en territorio alemán...

—Todo esto puede ser un truco enorme —masculló Nikolai—. Ni las cajas tienen por qué contener forzosamente proyectiles o piezas de proyectiles, ni tengo por qué creer que han salido de territorio americano, ni tengo por qué creer que han sido desembarcadas en territorio alemán... ¡Maldita sea, Peters, usted puede estar tomándonos el pelo!

—¿De qué modo y con qué objeto? —preguntó fríamente Peters.

—¡Puede ser todo una jugada de la

C. I. A.!

—No —dijo Amanda.

—¿Por qué no? ¿Acaso sería la primera vez que la

C. I. A.,

el Pentágono o la Casa Blanca hacían alguna jugada especial sin comunicártela a ti o a cualquier agente de la

C. I. A.?

—No, no sería la primera vez. Ni la última. Pero esto es una locura. Y me temo que sólo tenemos una solución antes de encender la mecha que haría estallar toda Europa: tú y yo, Nikolai, tendremos que asegurarnos *personalmente* de lo que dice Peters.

—Estás bromeando —sonrió Borov, como si estuviesen clavándole un puñal en el vientre—. ¡Estás bromeando!

—No.

—Tal vez ella tenga razón —dijo Peters—: si ustedes entrasen en una de esas zonas de seguridad quizá podrían asegurarse de la existencia de una cantidad de proyectiles. Y si en una de las zonas prohibidas había proyectiles nucleares, ¿por qué no en las restantes?

—Ya —se mostró sarcástico Nikolai—. Y ahora usted me dirá en cuál de esas zonas debo entrar, ¿no es así? Y a lo mejor hasta veo

algún que otro proyectil, en esa zona que usted me indicará.

—No entiendo lo que quiere decir —frunció el ceño Peters.

—Quiere decir —explicó Amanda— que quizá la zona que usted dijera estaría preparada para convencernos de que sí han sido instalados los proyectiles en Europa.

—¡Ah! ¡Claro que no! Por mí pueden elegir ustedes mismos la zona que quieran, si es que se atreven realmente a meterse en ella.

—Buena idea —sonrió Amanda—. Bueno, Nikolai: ¿por qué no eliges tú la zona?

—Debemos estar todos locos —dijo Borov—: en primer lugar, no es nada fácil entrar en una de esas zonas, y, aunque en principio pudiera parecerlo o hasta serlo, lo difícil sería salir. Luego, incluso habiendo entrado, no creo que tengan los proyectiles a la vista esperando que vayan curiosos o turistas a verlos o fotografiarlos. ¡Maldita sea, una incursión como ésa es jugarse el pellejo a la desesperada!

—En efecto —asintió Amanda—. Yo también lo creo así.

—Sí, pero quien ha de entrar ahí soy yo, ¿no?

—No tengo el menor inconveniente en acompañarte.

—Oigan, no les entiendo muy bien —intervino Peters, que iba mirando desconcertado a uno y otra—. ¿Ustedes van juntos o no van juntos, son amigos o no son amigos?

—Cierre la boca —gruñó Nikolai Borov.

—Muy bien —dijo secamente Peter Peters—, yo voy a cerrar la boca, pero será después de decirles esto: disponen ustedes de treinta y seis horas como máximo, es decir, hasta las primeras horas de pasado mañana, para darme una respuesta concreta a mi oferta. Si no lo hacen, me veré obligado a buscar otras personas para negociar la información.

—¿Y si le parto el cuello ahora mismo? —Le miró agresivamente Nikolai.

—Si usted me parte el cuello ahora mismo —sonrió sádicamente el americano—, ¡ffffssss!, dieciséis proyectiles nucleares saldrán en dirección a Rusia antes de transcurrida una hora. La cosa está montada así, señor Borov, pues no me la iba a jugar estúpidamente. De modo que... ya me callo.

—Maldito sea.

—En mi opinión —dijo Amanda—, lo mejor que podemos hacer

es elegir una de esas zonas y ver si podemos entrar en ella. Bueno, Nikolai, tú has de elegirla.

—¿Y por qué no tú?

—No tengo ningún inconveniente: elijo la zona de Reims.

—¿Por qué esa zona?

—Porque está cerca de París. ¡Me encanta París! Y porque, además, hay por allá un champaña más que aceptablemente bueno.

—Y te encanta el champaña.

—Francamente, sí.

Nikolai Borov se colocó ante el mapa de Europa, y estuvo mirando de uno a otro punto durante más de dos minutos. Por fin, señaló con el dedo, diciendo:

—Iremos aquí.

—Eso no representa dificultad alguna —dijo Peters—: está a muy poca distancia de aquí. Les resultará cómodo.

—Tal vez —se mostró disgustada Amanda Louise—, pero el hecho cierto es que voy a quedarme sin champaña de Reims. En fin, otra vez será. ¿Usted nos estará esperando aquí, señor Peters?

—Estaré aquí de nuevo dentro de treinta y seis horas. Puedo proporcionarles un automóvil y armas, aparte de equipo variado, como linternas, unos *walkie-talkie*, alicates especiales, hules... Lo tengo todo en una habitación. ¿Quieren verlo? —No estará de más.

CAPÍTULO IV

Era casi la una de la madrugada cuando Nikolai y Amanda se alejaban del chalé en el automóvil facilitado por Peter Peters, tras colocar en el portaequipajes la parte del equipo que habían seleccionado entre ambos.

Nikolai, que conducía, no llegó a alejarse ni medio kilómetro: dio antes la vuelta y emprendió el regreso al chalé. Amanda no hizo ningún comentario al respecto. Ni lo hizo tampoco cuando al poco el ruso detenía el coche a distancia prudente del chalé, pero a su alcance visual. Sobre todo contando con los prismáticos que habían seleccionado y que, también sin comentario alguno, Amanda sacó de la guantera y enfocó hacia la casa.

—¿Prefieres hacer el primer turno o el segundo? —preguntó Nikolai.

—El primero, si no te importa.

—Claro que no. Lo único que me fastidia es tener que dormir en el coche, sin calefacción, y vestido; pero de todos modos a estas horas no nos aceptarían en ningún hotel.

—Desde luego que no —murmuró Amanda, sin dejar de observar con los prismáticos—. No das la impresión de ser tan comodón.

—No lo soy, pero llevo ya varios días detrás de Kinkelin y empiezo a estar cansado. Apuesto a que tú has tenido personal auxiliar haciéndote la labor más aburrida, monótona y fatigosa.

—Duerme —sonrió Amanda—. Y no te preocupes por tu turno.

—Eres muy amable, americana.

Nikolai Borov cruzó los brazos ante el pecho, dejó caer la cabeza blandamente y a los pocos segundos, Amanda oía su profunda y regular respiración, fuerte y sana. Dejó de mirar hacia el chalé y

estuvo contemplando al ruso al leve resplandor de las estrellas. Este resplandor, y apenas el lejano procedente de Ehlershausen, era toda la iluminación que había en la zona. Las luces del coche habían sido apagadas, por supuesto. A poco más de cien metros, el chalé también estaba a oscuras.

No prometía ser una noche muy divertida.

Pero, como le había ocurrido tantas veces en su vida, la señorita Amanda Louise Carrington-Lower se equivocó. Ni siquiera llevaba cinco minutos de vigilancia cuando apareció la luz, como un bloque tangible: la puerta del chalé había sido abierta, y un par de siluetas quedaron recortadas un instante en aquel resplandor de luz eléctrica antes de que fuese apagada.

Segundos más tarde aparecieron los dos pequeños puntos amarillos que indicaban la posición de un automóvil que, indudablemente, iba a ser utilizado. Aparecieron las luces cortas. Luego, unas y otras se movieron.

Amanda retiró los prismáticos y puso una mano sobre un hombro del ruso.

—Nikolai —murmuró.

Borov abrió los ojos y alzó la cabeza. La volvió hacia ella, que hizo un gesto como de disculpa y señaló hacia el chalé. Nikolai vio las luces del automóvil, asintió y encendió el motor del suyo. Esperó a que el otro se alejase un poco, lo siguió y alcanzó la carretera tras él a los pocos segundos.

—Van hacia Hannover —dijo Amanda.

—¿Cuánto he dormido?

—Nada; apenas unos minutos.

—Maldita sea.

—¿Quieres que conduzca yo?

—No. Si no hiciera algo me dormiría.

El otro automóvil seguía circulando en dirección a Hannover, cuyo resplandor se veía en la distancia. Por puro automatismo profesional, Amanda se volvió en su asiento para mirar hacia atrás. Estuvo así unos segundos. Luego dijo:

—No te lo vas a creer.

Nikolai alzó la mirada hacia el espejo retrovisor, y replicó:

—Ya los había visto. Pero me pregunto si su intención es seguir a Peters y sus dos tontos y nosotros nos hemos metido en medio, o

es a nosotros a quienes debían seguir desde el primer momento. ¿Tú qué opinas?

—No lo sé. Ya obtendremos conclusiones más tarde. Eso aparte, tal vez nos estemos equivocando y simplemente sea un coche que se dirige a Hannover.

—Es bueno tener esperanzas —encogió los hombros Nikolai.

Pero sus esperanzas no se cumplieron, porque cuando a los pocos minutos el coche de Peters se salió de la carretera por un camino a la derecha, y ellos hicieron lo mismo, el coche que iba tras ellos lo hizo también, aunque apagando las luces de posición.

—Increíble —dijo Amanda.

—Apuesto a que se dan de narices contra un árbol —deseó Nikolai.

—Haz el favor de ocuparte de los de delante y mira tú bien por dónde vas, no sea que nos demos nosotros contra un árbol. Ya me ocupo yo de los de atrás.

—Desde el primer momento este asunto no me ha olido nada bien. ¿Crees que los que vienen detrás nuestro son americanos?

—No, no lo son.

—Te aseguro que tampoco son rusos. Juguemos a las adivinanzas: ¿polacos?

—Claro que no.

—Alemanes, entonces. Estamos en Alemania.

—No sé por qué tengo el presentimiento de que los alemanes no tienen ni la menor idea de lo que sea que se esté tramando en su territorio.

—O sea, que no son alemanes.

—Yo diría que no.

Por delante de ellos, en el camino, relucieron con intensidad unas luces rojas. Nikolai las captó en el acto, naturalmente, y dijo:

—Han frenado. Deben tener una cita con alguien ahí. Quizá con los que nos están siguiendo. Voy a salirme del camino.

—Será inútil, porque estamos entre dos fuegos. Nos han visto los que llevamos detrás, claro está, y también Peters y sus enanos mentales. De todos modos, la idea de salirte del camino es buena. Hasta luego, Nikolai.

—Hasta luego.

Apenas hubo sacado Nikolai el coche del camino, Amanda abrió

la portezuela de su lado y, en cuanto el ruso retuvo la marcha casi hasta la detención del vehículo, saltó de éste, desapareciendo en la oscuridad. Borov se inclinó hacia la derecha, asió la portezuela y la cerró, sin golpear. Al frente la oscuridad era absoluta ahora. Por entre las copas de los árboles se veía el frío resplandor estelar. Una mirada al espejo retrovisor convenció a Nikolai de que también sus seguidores se habían detenido. Redujo la marcha sin tocar para nada el freno, y apagó el motor. El coche se detuvo.

Silencio completo.

Unos cuantos metros más atrás, *miss* Carrington-Lower había rodado hábilmente por el suelo, y ya estaba en pie. Sacó una pequeña pistola de debajo de la falda, y emprendió el regreso en dirección a la carretera. En aquel momento se detenía el coche que los había seguido a ella, y Nikolai y dos hombres se apearon rápidamente y sacaron sus armas, que relucieron en la oscuridad. Amanda vio unos rostros redondos y pálidos, destacando como pequeñas lunas en la penumbra fría del bosque. Dentro del coche todavía quedaba otro hombre, sentado ante el volante.

Los dos que se habían apeado se metieron entre los matorrales, dirigiéndose hacia donde estaban los otros dos automóviles. Amanda Louise recurrió a su *walkie-talkie* y tiró suavemente de la corta antena.

—Nikolai —susurró—. Sí.

—Van dos hacia ahí.

—De acuerdo.

Amanda bajó la antena del aparato, guardó éste y, escondida, vio pasar a los dos sujetos. Se llevó una auténtica sorpresa cuando al pasar bastante cerca de ella la luz estelar iluminó lo suficiente el rostro de uno de los hombres y pudo distinguirlo bien: era chino.

La sorpresa la mantuvo paralizada unos segundos. Luego, reaccionando sin brusquedad alguna, se deslizó hacia detrás del automóvil del chino, se acercó y en cuestión de segundos estuvo junto al vehículo. Se desplazó por su costado izquierdo, encogida, y llegó ante la portezuela de este lado. La asió con la mano izquierda, se irguió, la abrió de un tirón suave pero firmísimo, y metió la mano armada dentro del coche.

—Quieto —susurró.

El chino que estaba sentado ante el volante había respingado

fuertemente mientras volvía la cabeza y, al mismo tiempo, metía la mano derecha hacia la axila izquierda. En esta postura se hallaba cuando la punta de la pistola de Amanda se apoyó en su frente. El chino quedó inmóvil, entonces.

—Retire la mano de ahí, muy despacio —ordenó Amanda.

El chino obedeció. De evidente mala gana, con dudas, pero obedeció.

—Ponga las manos sobre la cabeza y salga del coche. Despacio. Muy despacio.

Ella retrocedió. El chino la obedeció cumplidamente. Sus ojos parecían dos bolitas de cristal reluciente. Justo en aquel momento, sobresaltando realmente a Amanda, se produjo como una explosión, que al instante identificó como la puesta en marcha de un motor. Y al instante siguiente supo que era un helicóptero. Al mismo tiempo que asimilaba y clasificaba esta información, veía al chino moviéndose velozmente...

No le dio tiempo a nada. Disparó el pie derecho, alcanzó al chino de lleno en los genitales y el hombre, lanzando un quejido tremolante, saltó en el aire, se encogió y cayó de cabeza, sin sentido.

El tronar del helicóptero era ahora mucho más fuerte. Amanda echó a correr camino adelante, hacia donde se había detenido el coche de Peter Peters. El helicóptero estaba apareciendo por encima de las copas de los árboles, reluciente, pero sin luz reglamentaria alguna.

Nikolai Borov apareció en el camino junto a ella, y dijo:

—Maldita sea.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí.

—Yo también —sonrió la espía americana.

—Pues me alegro mucho —gruñó el ruso.

El helicóptero se elevaba rápidamente y tomaba dirección Sur. Lo perdieron de vista en cuestión de segundos, y Amanda señaló hacia su espalda por el camino.

—Tengo al conductor.

—Y yo a los otros dos. Ve a vigilarlos, yo traeré aquí al tuyo.

Amanda asintió y se acercó a su automóvil. Junto al vehículo vio a los dos hombres tendidos en el suelo. Uno de ellos tenía el cuello

roto y la nariz aplastada. Estaba muerto. El otro yacía con los ojos en blanco, como sometido al más tremendo *shock* imaginable, pero estaba vivo. Los dos eran chinos. Nikolai llegó con el otro, y lo tiró al suelo como si fuese basura.

—¿Esperabas algo así? —Gruñó—: nada menos que los chinos. Tal vez se enteraron de que Peters dispone de una importante información y lo estaban vigilando.

—Tal vez.

—¿No estás de acuerdo?

—Nos seguían a nosotros, no a Peters.

—No sé si estoy captando bien tu idea. ¿Estás sugiriendo que Peters y estos chinos son amigos?

—Lo estoy sugiriendo, en efecto.

—Lo que significaría que los chinos tenían instrucciones de seguirnos a nosotros y tenernos bien controlados mientras Peters se dirige en helicóptero a... a... ¿adónde irías tú? —Quizá nuestros colegas chinos puedan decírnoslo—. Propongo como base el chalé: no se estaba mal allí.

* * *

El chino muerto se llamaba Wing Pei. Los otros dos eran Chieng To y Yao Siang, según sus documentaciones de residentes extranjeros con empleo en Alemania. Wing Pei había trabajado en una industria automovilística. Los otros dos trabajaban juntos en un restaurante chino de Postdam. No era nada original, pero sí convincente.

En cualquier caso, la buena vida se les había terminado a los tres chinos. A uno de ellos, definitivamente. A los otros dos no les quedaban muchas posibilidades de seguir viviendo bien tras su choque con una espía americana y un espía soviético. Ambos, sentados en el sofá de la salita del chalé, estaban ahora fumando y charlando tranquilamente, como si tirados de cualquier modo en el suelo, y atados de pies y manos, no estuvieran To y Siang, recuperándose del mal momento pasado.

Yao Siang murmuró algo en chino, pero, en el acto, la verde mirada gélida de Amanda Louise cayó sobre él.

—Solamente hablaréis en inglés o alemán —dijo en inglés—. Si

habláis en cualquier otro idioma os arrepentiréis. ¿Me habéis entendido?

Ninguno de los dos contestó, pero estaba bien claro que habían entendido.

Nikolai dijo:

—Estaban preguntándose qué ha ocurrido con su compañero Pei. ¿Se lo decimos?

—Cuanto más claras las cosas, mejor —asintió Amanda.

—Bien. —Borov volvió a mirar a los chinos—. Vuestro compañero está muerto y por el momento ocupando como féretro el maletero de vuestro coche, que mi amiga americana condujo hasta aquí, mientras yo traía el que nos proporcionó Peter Peters. ¿Conocéis a Peter Peters?

Los dos chinos apretaron los labios. Borov se quedó mirándolos incrédulamente. Amanda hizo un gesto de aburrimiento, se puso en pie, se acercó a ambos y se quedó mirando la afeitada cabeza de Yao Siang. Sin aspavientos ni truculencias, sin inmutarse en modo alguno, acercó el cigarrillo a la cabeza del chino y lo apagó utilizándola como cenicero. Siang emitió un ahogado bramido, sus ojos se llenaron de lágrimas y, tras el salto impotente que obligó a dar el súbito dolor, se quedó mirando con expresión desorbitada a la espía americana, que sonrió desganadamente.

—Escucha, Siang, podemos pasar el resto de la noche descansando tranquilamente o podemos pasarlo vosotros muy mal y nosotros haciendo cosas feas con vuestros cuerpos. ¿Qué te parece más razonable?

—A lo mejor son mudos —sugirió Nikolai, bostezando—. Maldita sea, me estoy muriendo de sueño. Terminemos cuanto antes, para que pueda dormir aunque sea un par de horas. Voy a arrancarle los huevos a uno de ellos, y ya verás como el otro recapacita y se muestra comunicativo.

—De acuerdo —asintió Amanda, irguiéndose—. Voy a la cocina a preparar café.

—Nada de café para mí —gruñó Nikolai—: quiero dormir dos horas. No pido demasiado, ¿verdad?

—No. Te prepararé un *whisky*, entonces.

—Buena idea.

Mientras hablaba, Nikolai se había acercado a los dos chinos y,

de pronto, descargó un patadón escalofriante en el vientre de Chieng To, que pareció expulsar la mismísima vida con el berrido de dolor, y acto seguido quedó encogido y quieto, del color de leche sucia su rostro. Amanda se dirigió hacia la cocina, simplemente, y se puso a preparar café. No se alteró lo más mínimo al oír golpes y gemidos de dolor, que pronto se convirtieron en quejidos capaces de ponerle los pelos de punta a un huevo duro.

Mientras se hacía el café echó cubitos de hielo en un vaso, y se dedicó a examinar a fondo el frigorífico y la cocina en general. No parecía que allí hubiera nada interesante. Por supuesto, Peter Peters lo había utilizado como base volante, provisional, y del mismo modo debía tener pensado utilizarlo treinta y seis horas más tarde, cuando se cumpliera la cita acordada.

—¿Cómo va ese *whisky*? —Apareció Nikolai en la cocina.

—En seguida te lo sirvo —dijo ella—: te he puesto hielo.

—Perfecto. —Nikolai se acercó a la piletta, abrió el grifo, y se lavó las ensangrentadas manos—. Me parece que esos chinos no me están tomando en serio.

—¿Por qué crees eso?

—Dicen que no nos seguían a nosotros, sino a Peters, y que nosotros nos metimos en medio.

—Podría ser.

—Hum. No sé. Yo más bien creo que nos seguían a nosotros por orden de Peters, para tenernos bien vigilados.

—Eso significaría una alianza entre Peters y los chinos. ¿Son del Lien Lo Pou?

—Hacen pequeños trabajos para el Lien Lo Pou, lo cual es parecido, pero no es *ser* del Lien Lo Pou. Ya sabes lo que pasa con los chinos: allá donde estén, si los suyos les piden que hagan algo por la patria, lo hacen.

—Eso me parece encomiable. ¿A ti no?

—Sí, pero me fastidia.

—Claro. Bueno, si esos dos seguían a Peters y no a nosotros, lo harían obedeciendo órdenes de alguien, ¿no?

—Sí, pero no saben de quién. Ellos fueron llamados por teléfono, concentrados en Hannover, y allá se les proporcionó vehículo y armas, se les dio la orden de vigilar a Peter Peters, cuya estancia en este chalé les señalaron. Peters estaba solo entonces, de modo que

simplemente se quedaron por aquí vigilando. Llegamos nosotros con los dos americanos tontos, y luego nos marchamos. Y ellos no se interesaron por nosotros, sino que continuaron vigilando a Peters.

—Tienes razón —sonrió Amanda—. No suena muy bien eso de que su presa tuviera una visita y no se interesaran por ella, ¿verdad? En cualquier caso, lo interesante sería saber quién los llamó a los tres por teléfono.

—No saben el nombre verdadero. Utilizó el nombre de Nanking. Lo que sí saben es el número de teléfono al que tenían que llamarla, si ocurría alguna emergencia.

—¿Llamarla? ¿Es una mujer?

—Sí. Y el teléfono es de Cannes, Francia. Y además, tenemos que ir a la zona prohibida que tú elegiste, que está precisamente muy cerca de aquí, de modo que si vamos a Cannes y volvemos son cerca de dos mil quinientos kilómetros. ¿Vamos a tomar un avión de línea por la mañana?

—Puedo llamar a Hamburgo y en menos de una hora tenemos una avioneta en Hannover esperándonos para llevarnos a Cannes, adonde llegaríamos antes del amanecer. ¿Tú hablas chino?

—No.

—Yo si —sonrió Nikolai—. Y muy bien.

Cerró el grifo, sacudió las manos y miró a Amanda, que le tendió un trapo de cocina. El ruso procedió a secarse las manos, sin perder de vista a su colega americana, que a su vez le contemplaba sonriente. La cosa estaba por demás clara: ¿iba a confiar la espía americana en meterse en un avión que podía estar lleno de agentes de la

K. G. B.?

—Ya que pides la avioneta —deslizó suavemente Amanda Louise—, deberías pedir también un médico que atendiera debidamente tu herida; y ropa de tu medida: estás hecho un espantapájaros con esa ropa ajena. Nikolai, quiero imponer una condición.

—¿Cuál?

—No les digas nada a tus camaradas sobre esos 1218 proyectiles nucleares hasta que estemos seguros de que eso es verdad. Sí lo dices, y a su vez ellos hacen correr la voz, en cuestión de horas o de minutos podría ocurrir una auténtica catástrofe... y todavía no estamos seguros de que lo de los proyectiles sea cierto.

—Y menos ahora, que intervienen los chinos —asintió Nikolai—. No te preocupes: actuaré como si todo fuese una derivación todavía sin concretar de mi trabajo con respecto a Luther Kinkelin. ¡Caray, voy a poder dormir por lo menos cuatro horas!

CAPÍTULO V

—Eh: estamos llegando a Niza.

Amanda abrió los ojos, bostezó y sonrió a Nikolai, que tenía una mano en su hombro.

La espía americana miró su relojito de pulsera.

—No son ni las siete de la mañana, Nikolai.

—¿No te gusta madrugar?

—Sí, de cuando en cuando.

—Tenemos unas raciones de desayuno de emergencia. Y un coche nos está esperando en el aeropuerto.

—¿Sabemos ya dónde está colocado el teléfono de los chinos?

—Lo sabremos.

Amanda volvió a bostezar. En el asiento del otro lado del pasillo había dos hombres.

Uno era el médico que había atendido a Nikolai ya en vuelo desde Hannover hacia la Costa Azul. El otro era un agente de la K. G. B, que conocía muy bien a Nikolai, y al que había traído ropa. Por supuesto, había otro ruso más a bordo, pilotando la avioneta.

Por la ventanilla de la izquierda entraba el resplandor del sol, todavía pálido. Al frente, la inmensidad del mar azul, refulgente. Nikolai le ofreció a Amanda una de las raciones aportadas por sus compañeros, incluido café. El médico ruso y el otro agente de la K. G. B, mantenían fija su mirada en Amanda, como fascinados.

—O soy muy guapa, o soy muy fea o tengo algo raro en la cara —dijo Amanda.

—Es una situación nueva para ellos —disculpó Nikolai a sus camaradas—. Están acostumbrados a la simplicidad de las cosas: los americanos son los americanos y los rusos somos los rusos; unos están a un lado y los otros al otro. Es muy simple.

—Pero no siempre eficaz.

—Sobre todo cuando interviene China —asintió Nikolai—. La verdad es que no me hace ninguna gracia enfrentarme al Lien Lo Pou, aunque sea en Europa, donde no tiene precisamente grandes triunfos.

—Hasta ahora —puntualizó Amanda.

—¡Bah! Los chinos siempre han tenido y siempre tendrán una dificultad: que son chinos. Yo puedo pasar por americano y tú por rusa, pero ningún chino podrá pasar por ruso o americano. Entonces tienen que confiar muchas de sus actividades en personal de otra raza, que casi siempre acaba por traicionarlos. El espionaje chino está basado más en la corrupción que llevan a cabo con agentes de otros servicios que en su propia eficacia directa. Y eso no es bueno.

—No estoy muy de acuerdo contigo —encogió los hombros Amanda—, pero no es momento de discutir. ¿Cómo te encuentras?

—Perfecto. Dispuesto a todo.

—Yo también estoy bien —frunció el ceño Amanda.

—Me alegro por ti.

A las siete y media de la mañana el espía ruso y la espía americana salían del edificio del aeropuerto de Niza. Allá fuera, un sujeto alto, pelirrojo, que estaba leyendo un diario matutino, miró un instante a Nikolai y echó a andar. Nikolai lo hizo tras él, llevando de un brazo a Amanda, que portaba en la mano libre su maletín. El otro sujeto pasó junto a un coche cuyo morro tocó como casualmente de pasada. Nikolai se desentendió de él a partir de ese momento. Simplemente, entró en el coche tocado por el otro. Amanda lo hizo por el otro lado. Las llaves estaban puestas. Nikolai dio el encendido.

—Tienes una nota —señaló Amanda el tablier.

—Léela, ¿quieres? —Maniobró Nikolai con el volante.

Amanda retiró la nota de la ranura de la cajuela, la desdobló, y leyó:

—Teléfono indicado corresponde a 66, Boulevard Carnot, Cannes. Es una villa de lujo de alquiler por temporadas.

—¿Conoces Cannes?

—Un poco. Lo mejor sería tomar la autopista. Luego te iré dando indicaciones para llegar al Boulevard Carnot.

—Supongo que hablas francés.

—Por supuesto.

—Por supuesto —asintió Nikolai, tendiendo la mano derecha sin mirar a Amanda; ésta le puso entre los dedos la nota, y Nikolai le echó un rápido vistazo: estaba escrita en ruso—. Por supuesto. Bueno, estamos tejiendo toda una telaraña total para unos cuantos chinos. Y estamos descuidando lo que a simple vista parece lo más importante, o sea, ir a ver esos nidos de la muerte. Porque, camarada, sea lo que sea lo que estén tramando los chinos metiéndose en este asunto, lo cierto será que vosotros habréis instalado esos proyectiles. Tenéis un montón de nidos llenos de peligrosos polluelos.

—Todavía no hemos comprobado eso.

—Todo llegará. Caramba, una chinita. En todo esto inter viene una chinita, ¿qué te parece? ¿Cómo debe ser?

—No sé, pero lo seguro es que no será rubia.

—Nunca se sabe —se echó a reír espontáneamente Nikolai—. ¡Nunca se sabe, porque tratándose de los chinos cualquier cosa es posible!

* * *

En cierto modo Nikolai tuvo razón. La suficiente, al menos, para que tanto él como Amanda Louise se llevaran una sorpresa. No una sorpresa de muerte, pero sí de cierto grado: llevaban instalados cerca de la villa en cuestión más de una hora, ya eran casi las diez de la mañana, cuando apareció un coche que se detuvo ante las verjas y, utilizando los prismáticos, Amanda pudo ver bien a sus tres ocupantes.

Tendió los prismáticos a Nikolai, éste miró hacia el automóvil y dijo:

—Atiza. Entonces, nosotros teníamos razón: los tres chinitos nos vigilaban a ti y a mí, no a Peters y los dos americanos tontos.

—Eso parece.

Nikolai movió la cabeza, sin dejar de mirar con los prismáticos. Al volante del coche iba Jimmy Adler, y junto a él su compañero Gordon Fenwick. En el asiento de atrás, aunque no con tanta claridad, pudo ver a Peter Peters lo suficientemente bien como para desechar cualquier error.

Del fondo de la villa, procedente de la casa, llegó un chino vestido como un criado elegante europeo, y no se dirigió hacia Adler, que al verlo acercarse se apeó y se acercó a las verjas, sino que fue hacia un lado de éstas. Nikolai le vio manipular en una caja negra, y sonrió.

—Tienen sistema de fonovisión y de apertura de las verjas, claro, pero parece ser que no les funciona demasiado bien —murmuró—. Ahora tendrán que abrirles las verjas a mano.

Nikolai se equivocó. Al parecer, el chino resolvió la pequeña dificultad, se apartó emprendiendo el regreso hacia la casa, y las verjas fueron abiertas desde ésta. Adler metió el coche dentro del recinto de la villa, y condujo hacia la casa.

Nikolai bajó los prismáticos.

—Antes de iniciar cualquier acción directa creo que nos resultaría conveniente saber quién vive ahí ahora.

—Una china llamada Nanking, ¿no?

Nikolai no contestó. Encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar. Tanto él como Amanda sabían perfectamente que no podían hacer nada mientras Peter Peters estuviera dentro de la villa, pues tan sólo con que éste pudiera verlos las cosas se complicarían demasiado y, como menos malo, lo que sucedería sería que Nanking, o quienquiera que estuviese ocupando la villa, se apresuraría a quitarse de en medio.

Poco después de las once de la mañana salió de la villa el coche conducido por Jimmy Adler. Junto a él iba Fenwick, y en el asiento de atrás, sin lugar a la menor duda, el adiposo y blando Peter Peters, con su aspecto de lujurioso goloso.

—Terminó la conferencia —murmuró Nikolai—. Tú conoces Cannes mejor que yo, de modo que te espero por aquí.

—Bien.

El ruso se apeó, la americana pasó al volante y condujo en pos de Peter Peters y sus dos amigos, manteniendo la distancia. Nikolai la vio alejarse, frunció el ceño, y se volvió a mirar de nuevo la villa. El terreno que la ceñía era amplio, lleno de pinos. La casa se veía por entre éstos, de un color ocre. En las ventanas y terrazas se veían toldos listados en color crema y negro. El sitio era de categoría, sin duda alguna. Nikolai se alejó caminando, pero volviéndose de cuando en cuando, para no perder de vista las verjas.

Amanda regresó casi cuarenta minutos más tarde, detuvo el coche junto a Nikolai, y éste se sentó a su lado.

—Nadie más ha entrado ni nadie ha salido —dijo.

—77, rué Antibes —dijo ella.

—¿77 rué Antibes? ¡Eso es el hotel Mondial!

—Creí que no conocías Cannes —le sonrió Amanda.

—Bueno, un poco —sonrió también Nikolai—. De modo que están en un hotel de los buenos. ¿Han tenido algún contacto con alguien allí?

—No. Y no creo que ocurra nada por ahora. Se disponían a almorzar.

—Bien. —Nikolai miró su reloj—. Nosotros también deberíamos almorzar.

—He traído unos bocadillos y cervezas.

—Espléndido.

—¿Qué te parece más conveniente? ¿Dedicarnos los dos juntos a vigilar la villa o dividirnos para vigilar también a Peters?

—¿Tú qué harías? —La miró maliciosamente Borov.

—Yo iría directa al grano, no perdería el tiempo con esperas ni vigilancias.

—Ya. No es tu estilo, ¿verdad?

—No, no lo es. Hay que hacer algo, ¿no? Pues hagámoslo ya.

—Se aceptan sugerencias.

—Sabes muy bien lo que se puede hacer. Tú mismo lo dijiste: hablas chino, ¿no es cierto?

—Y muy bien —asintió Nikolai, sonriente.

—Pues demuéstalo.

* * *

El criado chino contestó a la llamada telefónica, quedó un instante como petrificado, y luego miró inexpresivamente a su patrón, el gordo, melifluo, siempre sonriente y simpático Kiang Tse.

—Preguntan por Nanking —dijo.

Kiang Tse miró en seguida a Kio Li, la preciosa muchacha china que, a su vez, también vivamente, le miró a él. Todo lo que Kiang Tse tenía de gordo y feo lo tenía Kio Li de esbelta y preciosa. Acababa de cumplir veinte años restallantes de energía y vitalidad

femenina; era como un soplo de vida para Kiang Tse, que nunca agradecería bastante al amado Lien Lo Pou que hubiera puesto a Kio Li a su servicio directo, para solaz de su cuerpo y de su espíritu.

Especialmente de su cuerpo, porque disponer de una jovencita cálida, risueña, complaciente y de tersas y prietas carnes para hacer el amor cuando le viniera en gana no era cosa que pudiera tener cualquiera, aun contando con fortuna personal, como era su caso. En China sí, desde luego, pero no en otros lugares, adonde Kiang Tse se desplazaba con frecuencia oficialmente para atender sus negocios de exportación de artículos para regalo de fabricación china: juegos de té, abanicos, kimonos, objetos artísticos en jade especialmente... De todo.

Claro que lo que más exportaba el gordo y veterano Kiang Tse era espionaje. Puro y simple espionaje. Y lo hacía bastante bien, en líneas generales. Sin duda era por eso que el Lien Lo Pou le había obsequiado a la encantadora Kio Li, con la que acababa de almorzar y precisamente se disponía a echar la siesta convenientemente adornada con un fastuoso acto sexual del que, mentalmente, Kiang Tse hacía varios minutos que estaba obteniendo placer. No hay nada como la imaginación.

—Si preguntan por Nanking —dijo Kiang Tse— la llamada es de los tres del norte.

—Pero el americano Peters ha dicho que todo iba bien.

—Iba bien cuando él se marchó anoche de allá, pero ahora pueden haber surgido complicaciones. Bueno, contesta. Y ten cuidado, Kio Li.

La preciosa chinita asintió, poniéndose en pie y acercándose al teléfono. Era de verdad como una figurita de porcelana, delicada, encantadora. Su rostro suavemente ovalado ofrecía el hechizo de unos grandes ojos negrísimos y una boca sonrosada y llena, que sugería las delicias de una flor...

Kio Li atendió la llamada en francés, pero al otro lado le hablaron en chino, y ella aceptó el contacto de este modo. Estuvo escuchando y haciendo algún que otro brevísimo comentario o interrogante, y por fin miró fijamente a Kiang Tse y dijo:

—Los rusos se dieron cuenta de que los seguían y se enfrentaron a To, Pei y Siang. Mataron a Pei, hirieron a To con disparos y casi mataron también a Siang con el coche. To recurrió a otro amigo de

ellos, que es el que nos está informando ahora. Dice que tiene a los tres escondidos en un lugar cerca de Hannover, y que qué hace. Está en Cannes. —¿Está en Cannes?— preguntó Tse fríamente, sin alterarse. —¿Cómo se le ha ocurrido venir aquí?

—Ha preferido líneas telefónicas directas. Está asustado.

—Dile que vuelva a llamar dentro de diez minutos.

Kio Li pasó la orden y se sentó de nuevo, mirando con extraña expectación a su jefe y amante, o, por mejor decir, tenedor sexual, amo o disfrutante, como se prefiera. —¿Cómo se llama el que ha llamado?— preguntó Tse.

—Sio King.

—¿Desde dónde ha llamado exactamente?

—Desde una cabina de Boulevard La Croisette.

—No me gusta esto...

—Pues es muy normal: si los rusos vieron a unos chinos que los seguían no debió gustarles, así que se los quitaron de encima. No olvides que se disponen a hacer una incursión en esa zona prohibida.

—Tampoco me gustan los americanos —farfulló Kiang Tse—. ¡No me fío nada de los americanos! Quizá nos estén mintiendo sólo para sacarnos una buena cantidad de dinero. Quizá no sea cierto que esas zonas estén llenas de Persings y otros proyectiles.

—Ya estamos metidos en ello —dijo sosegadamente la muchacha.

—Lo sé. ¡Pero con la diferencia de que ahora los rusos saben que estamos interviniendo! —¿Qué más da? Si los proyectiles americanos están ahí todo seguirá favoreciendo nuestros proyectos. Lo que hay que hacer ahora es asegurarnos de que ninguno de nuestros hombres sea capturado con vida e interrogado. Así que debemos prestarle inmediata ayuda a Sio King.

—Yo diré lo que se ha de hacer —frunció el ceño Kiang Tse.

—Eso quería decir —sonrió la deliciosa Kio Li.

—Y lo que vamos a hacer es matarlos a los cuatro. No quiero que los rusos encuentren a los que han escapado vivos del primer choque. Ni que encuentren a quien les ha ayudado, ese Sio King. De modo que cuando vuelva a llamar te pondrás tú directamente al teléfono, y le dirás...

Dentro de la cabina telefónica, Nikolai Borov colgó el auricular del teléfono y quedó pensativo. Afuera, de pie junto al coche, Amanda Louise le miraba especulativamente, esperando. Cuando el ruso salió de la cabina ella volvió ante el volante, y contempló con disgusto el intenso tráfico del centro de Cannes. Nikolai se sentó a su lado, y ella arrancó.

—¿Qué te han dicho, finalmente?

—Me han citado al norte de Cannes, por encima de Grasse, entre esta localidad y St. Vallier de Thiey. Un poco antes de llegar aquí debo enfilear un camino, a la izquierda de la carretera, que va hacia unas grutas. Hay indicaciones. Medio kilómetro antes de las grutas hay otro camino que sale del primero, a la derecha. Al final de ese camino hay una casa. Debo llegar allá, esconder el coche y esperar.

—¿Esperar qué?

—Ella irá: Nanking. Es lo que queremos, ¿no? Porque entrar en esa villa a punta de pistola podría ser catastrófico en muchos aspectos. En cambio, si atrapamos a esa chinita sin armar alboroto podremos enterarnos de muchas cosas.

—¿Lo ves así de fácil?

—No —sonrió el falso Sio King—, pero o acepto este juego, o vamos a asaltar la villa o vamos a cazar a Peter Peters, con el riesgo de que si es verdad que tiene amigos que pueden disparar dieciséis proyectiles hacia Rusia, lo hagan. Lo de asaltar la villa tampoco parece muy inteligente: pueden tener hasta cañones. Hay que arriesgarse a lo de la chinita.

—De acuerdo.

CAPÍTULO VI

Kio Li llegó en automóvil al lugar de la cita, siguiendo el mismo camino cuyas instrucciones ella había facilitado a su comunicante Sio King. Tal como había indicado a éste, había escondido el coche, pero, y esto era algo que no se había especificado, tampoco Sio King estaba a la vista.

Comprendiendo que era ella quien tenía que dar el paso de acercamiento e identificación, Kio Li detuvo el coche cerca de la casa, y se apeó. El camino de las grutas había quedado atrás, la casa parecía desocupada y el ambiente no parecía propicio a la presencia de personas.

Indudablemente, Kiang Tse había escogido muy bien el lugar.

Pasaron tres o cuatro minutos antes de que Kio Li comenzara a sentirse molesta por la incomparecencia de Sio King. Encendió un cigarrillo, paseó, intentó ver qué había dentro de la casa mirando por los polvorientos cristales...

Finalmente, cuando terminado el cigarrillo se volvía ya hacia el coche, al parecer dispuesta a marcharse de allí, vio al atleta rubio.

Estaba precisamente junto al coche, adonde sin duda había llegado cautelosamente, interponiéndole entre él y ella mientras Kio Li intentaba ver el interior de la casa. Ahora, cuando Kio Li estaba a pocos pasos del vehículo, el rubio y atlético Nikolai Borov se irguió, empuñando la pistola y extendiendo el brazo, apuntando firme y fríamente a la muchacha china.

Ésta se detuvo en seco. No hubo alteración en su rostro; sólo sus ojos miraron vivamente la pistola y luego los grises ojos del agente soviético, gélidos en el conjunto de su inexpresiva fisonomía.

—Pon las manos sobre la cabeza —dijo Nikolai, en chino.

Kio Li parpadeó y acto seguido, despacio, obedeció. Había un sol

pálido que daba una coloración verdaderamente amarillenta a su bello rostro.

Nikolai se plantó ante ella y advirtió:

—Si te mueves aunque sea un milímetro te mataré.

Ella no dijo nada. Le miraba con sus grandes y hermosos ojos, eso es todo. Nikolai pasó detrás de ella y deslizó la mano izquierda por los senos de Kio Li, buscando especialmente entre ellos. Palpó luego sus muslos y entre ellos, especialmente en la zona sexual de modo muy concreto, a la busca de un arma, que no encontró.

Se colocó de nuevo ante ella, y le hizo un gesto autorizándola a bajar los brazos, lo que Kio Li hizo calmosamente.

—¿Has venido sola o viene otro coche con amigos tuyos detrás?

—Creí que era aquí donde iba a encontrar a un amigo en apuros —dijo ella calmosamente—, pero ya veo que he sido engañada. ¿Has sido tú quien ha utilizado el nombre de Sio King?

—Así es.

—Hablas muy bien el chino. ¿Eres ruso?

—Sí.

Kio Li demostró tener una mente ágil y de gran comprensión:

—¿Eres el ruso llamado Borov que ha hecho un trato con el americano Peters?

—Sí —entornó los párpados Nikolai.

—Entonces no comprendo tu actitud. Nosotros somos amigos de Peters, como tú.

—Yo no soy amigo de Peters —aclaró Nikolai—. He hecho un trato con él, un negocio, pero no soy su amigo. Por tanto tampoco soy amigo vuestro. Y quiero saber qué parte tenéis vosotros en esto.

—¿Por eso me has tendido esta trampa? ¿Para tenerme a tu merced e interrogarme?

—Evidentemente.

—¿Dónde están Chieng To y los otros dos?

—En poder de compañeros míos. Sé que te llaman Nanking, pero obviamente ése no es tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—Kio Li.

—¿Con quién vives en Cannes, en la villa del Boulevard Carnot? ¿Qué estáis tramando con todo este asunto de los proyectiles americanos apuntando hacia Rusia?

Kio Li apretó los labios y no contestó. Nikolai volvió a entornar

los párpados.

—No me obligues a ser brutal contigo —masculló.

Kio Li permaneció impasible. Su rostro era como una encantadora máscara de teatro chino. Nikolai también apretó un instante los labios antes de ordenar:

—Camina hacia la casa. La puerta está abierta: me permití echar un vistazo cuando llegué aquí con mucha anticipación a la hora de la cita. Vamos, camina.

Kio Li se dirigió hacia la casa, empujó la puerta y entró. Nikolai lo hizo detrás, empujando la puerta para ajustarla. El silencio era como algo prodigioso en aquel lugar. El interior de la casa evidenciaba igualmente la soledad, el abandono. Había un pequeño vestíbulo y, en seguida, a la izquierda, una estancia bastante amplia con un gran hogar de piedra, que hacía las veces de comedor, cocina y sala de estar. Había cortinas en las dos ventanas, ajadas y mugrientas, y la iluminación, exclusivamente solar a través de ellas, resultaba tétrica.

—Desnúdate —ordenó Nikolai.

—¿Para qué?

—Quiero que entiendas perfectamente las alternativas que se te ofrecen en tus actuales circunstancias.

—No te comprendo.

—Ya me comprenderás; desnúdate.

Kio Li se desnudó completamente, mientras Nikolai esperaba, impasible, pero atento el oído a posibles ruidos procedentes del exterior. No se oía nada, nada, nada... Era como estar en un sitio muerto. Kio Li, completamente desnuda, ofrecía a los ojos del ruso la exquisita belleza de un cuerpo precioso, delicado, de formas suaves y bien definidas.

—Colócate en ese sillón, a cuatro manos, y de espaldas a mí. ¿Me has entendido? Como si fueses una perrita.

Una llamarada pareció encenderse en los negros ojos de la muchacha china, pero obedeció la orden. Quedó dando la espalda a Nikolai, ofreciendo la belleza de su trasero desnudo en primer plano. Volvió la cabeza y vio al ruso maniobrando en su pantalón.

—Cerdo —jadeó.

Nikolai se colocó tras ella y, en un instante, la penetró, empujándola fuertemente, de modo que aplastó su rostro contra el

respaldo del sillón, sobre el cual Kio Li parecía una figurita. La muchacha, sin embargo, no era una figurita, sino un ser humano y lanzó un gemido ante la brutalidad de la agresión recibida. Su rostro estaba demudado por la furia. Volvió a mirar hacia atrás torciendo el cuello, y vio la pistola apuntando su rostro. Borov ordenó, siempre en chino:

—Vamos, no te quedes como una muerta si no quieres estarlo de verdad.

Los párpados de Kio Li bajaron como delicados telones de seda ocultando las pupilas llameantes. Su cuerpo se movió con felina agilidad. Tras ella, Nikolai Borov utilizó el brazo izquierdo para sujetarla y mantenerla apretada contra él. Era una escena increíble en un asqueroso lugar. Era brutal y salvaje. Nikolai masculló ahora algo en ruso, y se lanzó a un movimiento ondulante y veloz palpitante de ansiedad. Borov soltó al poco un bramido, y casi al mismo tiempo ella gritó contenidamente y comenzó a estremecerse con una fuerza increíble...

Nikolai Borov se retiró un paso de pronto, alzó la pistola, y con la culata golpeó fuertemente a Kio Li al final de la columna vertebral. La muchacha interrumpió su estremecimiento de placer gimiente y lanzó un grito terrible de dolor, se crispó y cayó del sillón, intentando protegerse el rostro con las manos. El ruso la golpeó con un pie en el vientre, la alzó acto seguido con la mano izquierda sujetándola por los cabellos y la tiró sentada en el sillón. Kio Li se ocultó el rostro con las manos, chillando.

—¡No, no, no me pegues, no me hagas daño! —suplicó.

—De acuerdo —jadeó Nikolai—. Veo que ya has comprendido tus alternativas: pasarlo bien o pasarlo mal, Y ahora repetiré mis preguntas: ¿quién es tu jefe y qué tramáis con eso de los proyectiles americanos?, ¿cuál es vuestro juego?

—No lo sé —sollozó Kio Li, que ahora se llevó ambas manos a la espalda, allá donde la pistola de Borov había golpeado—. Sé que se llama Kiang Tse, pero no sé nada de lo que están planeando. ¡Yo sólo hago pequeñas cosas para Kiang Tse!

—¿Qué relación existe entre Kiang Tse y Peter Peters?

—Sé que son amigos, están haciendo algo, pero no sé el qué. Lo que sí sé es que los dos desean que vosotros, los rusos, os convenzáis de que los americanos han llenado Europa de proyectiles

nucleares. ¡No sé nada más, no sé nada más! Y ellos creen... creen que tú estás intentando llegar a esos proyectiles.

Borov movió negativamente la cabeza.

—Yo decidí atender esta parte del asunto, después de que cazamos a los tres chinos que nos seguían a Irina y a mí, y ella y otros compañeros están ahora intentando penetrar en una de esas zonas. Maldita sea, me he dedicado a perder el tiempo con vosotros, pero ¿por qué demonios nos vigilaban tus compañeros?

—Querían saber si actuabais con lealtad para con Peters.

—Ya. Mira, no me gustan los chinos, ¡no me gustan! De buena gana te mataría ahora mismo, pero prefiero esperar a saber por qué Peters está en trato con vosotros. Tiene que ser por algo importante, y algo que no ha de ser beneficioso para Rusia. Chinos y americanos... y delatando el poderío nuclear americano en Europa. ¡No me gusta nada esto!

—¿Puedo vestirme? —susurró Kio Li.

—Me gustas más desnuda —sonrió de pronto el ruso—, pero no se trata de que pilles un resfriado. Escucha lo que vamos a hacer...

—No lo matéis —dijo de pronto Kio Li—. ¡No lo matéis, quiero vivo a este maldito cerdo ruso!

Por una milésima de segundo pareció que Nikolai no fuese a entender nunca lo que significaban las palabras de la muchacha. Pero de repente se volvió con viveza hacia la entrada... sólo a tiempo de ver llegar al chino que se acercaba a él adelantándose a los otros dos. El chino empuñaba una pistola con silenciador, pero ni la usó, ni permitió que Nikolai usara la suya: le golpeó con el pie derecho en los testículos, y todavía estaba el ruso soltando un bufido de dolor cuando otro de los recién aparecidos chinos saltaba para sujetarle la mano armada y desviarla. El tercero giró ante el ruso, alzó la pierna derecha y Nikolai sintió el impacto en el pecho como si dentro de éste acabara de estallar una bomba. Retrocedió, ya perdida el arma y tambaleándose, y el chino que le había arrebatado la pistola le golpeó con ella por detrás en la base de la nuca. Nikolai Borov se encogió, crispado el rostro en una mueca de intenso dolor, y cuando todavía parecía que tuviese intenciones de defenderse, Kio Li saltó contra él, desnuda, aullando y esgrimiendo las uñas.

—¡Te voy a sacar los ojos, cerdo, te voy a desangrar...!

Nikolai se protegió el rostro con las manos, y la muchacha le encajó la rodilla entre las ingles, arrancando un bufido de dolor al agente soviético, que retrocedió, para ser empujado por detrás con un doble puñetazo en los riñones. Kio Li volvió a golpearle en los genitales con la rodilla, y cuando, finalmente, el atleta ruso cayó de rodillas ante ella, le golpeó en el rostro con la rodilla y gritó:

—¡Sujetadlo, voy a arrancarle los ojos!

—Quédense todos quietos como están —dijo una voz femenina, en inglés.

La sorpresa fue verdaderamente mayúscula, pues los chinos habían llegado ya a la total convicción de que Borov se hallaba solo en aquella parte del asunto, tras permitirle cazar tan fácilmente a Kio Li, que al llegar aparentemente sola y ser capturada, había hecho aparecer a los posibles acompañantes de Nikolai.

Sólo que la única acompañante de Nikolai Borov había sabido esperar, volviendo la trampa contra los chinos... uno de los cuales no se resignó a esto, y se volvió enfurecido hacia la puerta moviendo su pistola hacia allí.

Plof, chascó el arma de Amanda Louise Carrington-Lower.

El chino gritó brevemente, giró como si la cabeza le arrastrase y cayó de bruces junto a Nikolai, que se apresuró a empuñar su arma. Uno de los chinos captó con expresión enloquecida la situación, y su acción sorprendió a todos: corrió hacia la ventana y saltó contra ella.

El estrépito de los cristales pareció un múltiple cañonazo. El chino los atravesó y desapareció en el exterior llevándose la arrancada cortina.

—¡Ocúpate de éstos! —gritó Amanda, echando a correr hacia la puerta de la casa.

Por un instante la situación volvió a desequilibrarse de modo desfavorable para el ruso, pues Kio Li y el otro chino quisieron aprovechar la ocasión para atacarle simultáneamente, insistiendo la chinita en sacarle los ojos.

Nikolai comprendió de modo fulgurante que la menor vacilación le podía costar la vida, los ojos, o ambas cosas, e hizo lo único que podía hacer: disparó contra Kio Li cuando las manos de ésta casi tocaban ya su cara, y se dejó caer de costado impulsándose fuertemente hacia su izquierda, para evitar también la bala que el

otro chino iba a disparar.

Consiguió ambas cosas: la bala del chino rebotó en el suelo y Kio Li lanzó un alarido, se llevó las manos al bajo vientre, y cayó de rodillas. Nikolai se desentendió de ella, desvió el arma hacia el chino y disparó.

Toda la parte derecha de la frente del hombre reventó, formando un escalofriante surtidor rojo; como si tuviera un muelle bajo cada pie, el chino saltó, dio una vuelta y cayó como un muñeco, quedando inmóvil. Recién caída de rodillas, Kio Li emitió ahora un ronco sollozo, y cayó golpeándose de cara contra el suelo. La desorbitada mirada de Nikolai se posó en ella un instante, y luego saltó hacia la ventana. Se puso en pie de un salto y corrió hacia ella.

Justo en aquel instante, recién salida de la casa, Amanda disparaba contra el chino que corría agilísimamente, a una velocidad que hacía comprender a cualquiera que sería imposible alcanzarlo. Mas no a balazos. El chino gritó como un conejito, cayó de bruces y se deslizó unos centímetros por el suelo; eso fue todo.

Amanda se volvió vivamente hacia la casa, apercebida de nuevo su pistola. Vislumbró la figura de Nikolai en la ventana destrozada, y le apuntó, pero el ruso alzó su mano armada, gritando:

—¡Eh, eh, eh, soy yo!

Amanda asintió, bajó el brazo armado y se encaminó hacia el chino caído de bruces. Segundos después entraba en la casa, donde Nikolai estaba mirando sin saber qué hacer a Kio Li que, ahora tendida boca arriba, se estaba muriendo a chorros debido al tremendo balazo en la zona genital, y miraba al ruso con los ojos reventando de puro odio.

Nikolai volvió la cabeza hacia Amanda, y murmuró:

—Demonios, qué escabechina...

—¿Estás bien?

—Regular. Has tardado en intervenir: casi me matan a golpes.

—Yo también estoy bien —refunfuñó Amanda.

—Me alegro mucho. No se puede decir que esta vez hayamos hecho un trabajo fino, ¿verdad?

Kio Li produjo un fuerte ronquido sincopado, se crispó, sus ojos parecieron a punto de saltar de las órbitas, y murió. Nikolai murmuró algo en ruso, le cerró los ojos y se incorporó.

—¿Por qué está desnuda? —preguntó Amanda.

—Me la tiré.

—Me dejas pasmada —se sorprendió realmente la espía americana—. ¿Con qué objeto?

—¿Realmente quieres que te lo diga? Pues muy bien, te lo voy a decir: sabía que esa china me había tendido una trampa, que dentro de poco yo, que era el cebo para ellos, lo iba a pasar mal, y me dije que antes de eso le iba a dar una buena lección, para que aprendiera a tender trampas a los rusos. Así que me la tiré. No por placer, sino para humillar la. ¿Lo entiendes?

Amanda, que miraba fijamente al ruso, asintió lentamente, y murmuró:

—Recuérdame que nunca me acueste contigo, colega.

—Tampoco se pasa tan mal —protestó Borov.

—Haciendo las cosas en ese sentido, estoy segura, y seguramente no me importaría hacerlo contigo. Pero francamente, si me enterase de que un hombre había gozado conmigo sólo para humillarme me parece que lo mataría. Y tienes razón, esto es una escabechina que no nos conduce a nada. ¿Qué te parece que podemos hacer ahora?

Nikolai estuvo todavía unos segundos observando fijamente a Amanda. De repente, la abrazó por la cintura y la atrajo.

—¿Te ha molestado que hiciera eso con la chica? Bueno, ya sé que no te ha parecido bien, pero ¿por qué? ¿Porque te ha parecido brutal... o por celos?

—No me gustan las brutalidades.

—Espero que no te hayas enamorado de mí —sonrió Nikolai.

—No seas absurdo.

—¿Absurdo? ¿Qué dirías si yo te dijera que estoy enamorado de ti, y que lo que he hecho con la china ha sido también como un acto de... deseo insatisfecho que tú me has provocado?

—¿Quieres decir que deseabas hacerlo conmigo y que recurriste a ella en mi lugar?

—Sí. Tal vez, subconscientemente, quería saber cómo reaccionabas.

—Tengo la sensación —dijo fríamente Amanda, apartándose con firmeza de Nikolai— de que estás olvidando que tú eres ruso, que yo soy americana, y que nuestra... relación va a durar lo que dure

este asunto de los nidos de la muerte, como tú los has llamado. Y ya que volvemos al tema, insisto: ¿qué te parece que podemos hacer ahora?

—¿Para qué voy a calentarme la cabeza? Estoy seguro de que tú ya has tenido alguna idea...

CAPÍTULO VII

Dentro de la villa, en el cuarto de mantenimiento y vigilancia, el criado chino que atendía los servicios electrónicos vio en la pantalla del receptor de la verja de entrada el coche que se detuvo. Vio también, merced a la cámara de televisión que lo enfocaba, la forma de mujer al volante del automóvil. A la mujer no la pudo distinguir muy bien, pero sí vio perfectamente el automóvil y la matrícula, de modo que, simplemente, abrió las verjas, pensando subconscientemente:

«Ahí está Kio Li».

El automóvil entró en el recinto de la villa, y las verjas se cerraron tras él.

Cerca del garaje, los dos hombres que durante el día hacían el papel, que no el trabajo de jardineros, vieron asimismo el automóvil, que circulaba despaciosamente por el sendero hacia la entrada de la casa, y uno de ellos lo señaló con la barbilla y dijo:

—Vuelve Kio Li.

—Ya la veo. ¿Y los otros?

—Ya vendrán. Quizá se hayan quedado con el otro coche en algún sitio vigilando algo. Vamos a ver qué dice Kio Li.

Echaron a andar hacia la casa, sin prisas. Sabían que Kio Li tendría que hablar antes que nadie con Kiang Tse, y éste solía tomarse su tiempo para tomar decisiones y dar sus órdenes. Los años habían enseñado a Kiang Tse a tomarse las cosas con calma y reflexión.

En el interior de la casa, el hombre que había abierto las verjas desatendió por unos segundos los aparatos y sistemas que dependían de él, y se asomó al amplio vestíbulo de la casa.

—¡Fung! —llamó—. ¡Ve a abrir la puerta a Kio Li! ¡Está de

vuelta!

El llamado Fung no estaba a la vista, ni apareció presurosamente a instancias de la llamada, así que el otro frunció el ceño e insistió:

—¡Fung!

Afuera, el coche de Kio Li se detenía en aquel momento ante la casa. Por delante del coche, y hacia la izquierda, los dos chinos veían ahora a la mujer que estaba al volante. Vieron abrirse la portezuela, y la mujer salió. Llevaba un vestido parecido al de Kio Li, una cabellera parecida a la de Kio Li, pero era más alta y ligeramente más corpulenta que Kio Li, y sus gestos, sus movimientos todos, eran más flexibles y atléticos que los de Kio Li. La conclusión era muy fácil de obtener, pero la sorpresa era tan grande que a los dos chinos les estaba costando no poco asimilar la verdad, la realidad.

Esto es, que aquella mujer no era Kio Li.

La mujer los había visto, naturalmente. Ya los estaba mirando mientras salía del coche, y si bien al principio se movía con calma y como si todo fuese normal y natural, al captar la actitud de ellos comprendió que el truco sólo había servido para que le abriesen las verjas, y echó a correr hacia la escalinata brevísima que desembocaba ante la puerta de la casa.

Esta puerta se abría en aquel instante, atraída por una mano del iracundo vigilante electrónico, que, más que atender a Kio Li, tenía la cabeza vuelta hacia el fondo del vestíbulo, por donde en aquel momento aparecía Fung caminando perezosamente.

Ocurrió todo en menos de tres segundos, y tan perfectamente como si hubiera sido ensayado con toda minuciosidad:

El chino que abría la puerta vio la expresión de Fung, se desconcertó y se volvió a mirar directamente a Kio Li. En ese mismo instante los dos hombres que había fuera, reaccionando, corrían hacia la casa, y el capó del maletero del coche de Kio Li se alzaba, y aparecía el alto, rubio, atlético Nikolai Borov empuñando su pistola con silenciador. La visitante llevó su mano izquierda al hombro derecho, como si estuviera efectuando un saludo militar, y acto seguido la disparó hacia la garganta del hombre que tenía ante ella, acertándole de lleno con el canto. El hombre saltó hacia atrás emitiendo un ahogado ronquido y con los ojos casi fuera de las órbitas, y comenzó a caer de espaldas. Desde el umbral, la supuesta

Kio Li vio a Fung meter la mano izquierda bajo la chaquetilla, y sin titubear ni un instante extendió el brazo derecho y disparó dos veces con su pequeña y silenciosa pistola. Las dos balas penetraron casi juntas en la frente del chino, tirándolo con los pies como queriendo tocar el techo; cayó de espaldas, se deslizó por el rutilante suelo y se detuvo, ya muerto. Afuera, los dos chinos que corrían hacia la casa sacando sus armas vieron a Nikolai apareciendo del interior del maletero y, tras una exclamación de sorpresa y alarma, quisieron disparar contra él. El agente soviético disparó fría, serena, implacablemente, dos veces, y los dos chinos cayeron de espaldas como derribados por la embestida de un elefante. Dentro de la casa, el vigilante del electrónico, cuyos ojos seguían casi fuera del rostro, se quedó mirando, cortado el aliento, a la mujer que no era Kio Li y que, tras arrodillarse velozmente junto a él, le metió la punta de la pistola en la boca angustiosamente abierta y preguntó, en inglés:

—¿Dónde está Kiang Tse? ¡Contesta o disparo ahora mismo!

El chino no podía contestar. No podía hablar, eso era todo. Pero vio en los ojos de la mujer que si no le facilitaba la información que pedía lo iba a matar *en el acto*, y por puro instinto de conservación, sus desorbitados ojos se volvieron hacia la doble puerta que había a la derecha del vestíbulo. La mujer que no era Kio Li le golpeó con la pistola, magistralmente, en un lado de la cabeza, y el chino pasó al reino de los sueños en el acto. El agente soviético Nikolai Borov aparecía en aquel momento en la puerta, pistola en mano.

Arriba, en lo alto de la escalinata blanca que conducía al piso destinado a dormitorios, apareció otro chino, con expresión entre indecisa y alarmada, empuñando una automática enorme. Vio a la mujer y a Borov, captó la escena, ella y Borov le vieron a él y el chino extendió el brazo y disparó. No pudo hacerlo más que una vez, pero su disparo pareció un cañonazo, produjo un estampido que hizo retemblar los cristales de la casa. La bala pasó zumbando cerca de la cabeza de Nikolai mientras éste disparaba a su vez, con mejor puntería que el chino, que recibió el balazo en el centro del pecho, gritó, tiró el arma hacia el techo y él se curvó, cayó hacia delante, rebotó de cabeza en un escalón y continuó cayendo.

La mujer que no era Kio Li corría ya hacia la doble puerta, mientras señalaba la otra, sencilla, que su enemigo sorprendido

había dejado abierta, de modo que ella había podido ver las pantallas de televisión del circuito de vigilancia.

—¡Nikolai! —exclamó—. ¡Los sistemas de control!

Nikolai vio la puerta, comprendió y corrió hacia allá. Ella llegó ante la doble puerta, asió el pomo de la hoja derecha con la mano izquierda, lo movió, empujó, entró y extendió el brazo derecho, apuntando con la pistola a Kiang Tse, que se hallaba en aquel momento de espaldas a la puerta, ante un cajón abierto, dentro del cual había metido la mano derecha...

—¡Quieto! —exclamó la intrusa—. ¡Quieto o le mato!

Kiang Tse quedó quieto. Volvió el demudado rostro, vio a la mujer que se parecía vagamente a Kio Li, pero que era considerablemente más alta y físicamente más poderosa, y tragó saliva. Acto seguido, su rostro adoptó la expresión de la no expresión, tomó el gesto de una máscara inexpresiva.

—Retroceda —ordenó Amanda Louise—. Con las manos bien extendidas hacia delante, los dedos abiertos. No se vuelva hacia mí: camine de espaldas.

Kiang Tse obedeció, dejando abierto el cajón dentro del cual quedó la pistola que medio segundo más tarde habría podido empuñar, pero que ahora se hallaba tan lejos de él como si estuviera en la mismísima China. Se detuvo a los pocos pasos, volvió la cabeza y se quedó mirando a la desconocida.

—¿Quién es usted? —murmuró.

—Siéntese en ese sillón, con las manos sobre las rodillas. No haga gestos extraños, no se mueva de prisa. Le aseguro que no me importaría matarlo, aunque sea usted un anciano.

—No soy tan anciano —rechazó Kiang Tse.

—Pues mejor para usted —sonrió Amanda—. Vamos, siéntese y quédese quieto.

Kiang Tse obedeció. La mujer que no era Kio Li le miraba críticamente, como valorándolo. Echó un vistazo veloz alrededor de la sala. Luego se acercó al cajón abierto, vio la pistola y lo cerró. Fue a situarse delante de Kiang Tse y se quitó la peluca negra y recortada en graciosa melena que recordaba la de Kio Li. Kiang Tse preguntó con voz tenue:

—¿Y Kio Li?

—Está muerta.

Kiang cerró los ojos y dejó de ver el aborrecible rostro de la mujer blanca, su horrenda cabellera rubia, sus grandes ojos verdosos. En su imaginación se formó la imagen de Kio Li, tierna, tibia, sedosa, complaciente, con su delicada figura a su servicio, con su sexo siempre listo para su placer. Algo más que Kio Li había muerto.

Abrió los ojos al oír las recias pisadas y vio a Nikolai Borov entrando en la sala. El alto, rubio, atlético, felino agente soviético Nikolai Borov. No le conocía, pero preguntó:

—¿Tú eres el agente ruso de Peter Peters?

Nikolai asintió, mirando con curiosidad y desconfianza al chino.

—¿No hay nadie más en esta casa o en la villa? —preguntó Amanda.

—Y tú debes ser la rusa Irina —murmuró Kiang Tse.

—Sí, lo soy. ¿No hay nadie más?

—No. Es decir, no sé a cuántos habéis visto.

—Cinco.

—No hay más, entonces. ¿De verdad está muerta Kio Li?

—Lo está —dijo Amanda.

—¿Quién la ha matado?

—Yo —dijo Nikolai—. Y lo mismo vamos a hacer contigo si no contestas a nuestras preguntas.

Kiang Tse lo miró inexpresivamente, pero de pronto sonrió. Fue una sonrisa feroz y burlona al mismo tiempo. Nikolai frunció el ceño. Amanda miraba con suma atención a Kiang Tse.

—Pero no será de un modo simple —quiso completar la amenaza de Nikolai—: antes de morir tendrá tiempo de arrepentirse de estar vivo.

—¿Qué es lo que quieren saber? —preguntó amablemente el chino.

—Queremos que nos diga qué están tramando usted, Peter Peters y el hombre que respalda a Peter Peters, y quién es él.

Kiang Tse escuchaba y miraba con gran atención a Amanda Louise. Parecía poner en ello todo su poder de concentración. De pronto, dijo:

—Usted no es rusa.

—Soy rusa.

—No —negó el chino—. No lo es. El sí es ruso, pero usted no es

rusa, y no lo entiendo. El es ruso, y usted es americana. No lo entiendo.

—Es muy fácil de entender: los rusos y los americanos hemos hecho una alianza contra los chinos. Son cosas del espionaje.

Kiang Tse, que parecía ahora absolutamente fascinado por Amanda, parpadeó repetida y suavemente, como regresando de un estado de sueño profundo.

—Usted no es rusa, usted es... americana, sé distinguir muy bien el tono de voz de los americanos, y usted habla el inglés como una americana. Y voy a decirle lo que estamos tramando los chinos con esta jugada. Es muy simple: sólo queremos que Rusia reciba la información de que en Europa están ya instalados 1218 proyectiles nucleares, todos ellos cubriendo objetivos de la Unión Soviética.

—¿Por qué quieren que Rusia sepa eso? ¿Con qué objeto?

—Adivínelo.

—¿Puedo entrar en el juego? —preguntó secamente Nikolai.

—Desde luego —le miró Kiang Tse—. Adivínelo usted, si quiere.

—Es muy sencillo. Su labor es pura y llanamente de incordio: lo que usted quiere es que los rusos sepamos eso y que hagamos algo, que reaccionemos, que agredamos a Estados Unidos de un modo u otro y le demos pie para que disparen sin más demora esos 1218 proyectiles contra Rusia. Lo que usted y el Lien Lo Pou quieren es ver convertida Rusia en un montón de escombros.

—Le felicito —sonrió Kiang Tse—. En efecto, ése es el plan. No tenemos que hacer nada, ni arriesgar nada, ni perjudicarnos en ningún sentido. Todo lo que tenemos que hacer es informar a Rusia de la existencia de esos proyectiles... y esperar la masacre rusa a manos de los americanos.

—¡Maldito hijoputa! —jadeó Nikolai.

—Espera —dijo Amanda—. Kiang Tse lo tiene muy bien pensado, pero ha olvidado algo: no existen esos proyectiles, Nikolai, es todo una mentira urdida por él. Quiere que tú pases la información a la

K. G. B.,

ya ha sembrado la semilla de la discordia, pero yo te digo que no es cierto que existan esos proyectiles instalados en Europa.

¿Por qué demonios he de creerte a ti? —Casi gritó Nikolai—.

¡Más bien me inclino a creerlo a él, en estas circunstancias! Esos

proyectiles pueden estar preparados aunque tú no lo sepas. ¿Por qué habrían de decírtelo a ti, vamos a ver?

—Y aunque se lo hubieran dicho a ella —deslizó insidiosamente Kiang Tse—, ¿iba a admitir ella una cosa semejante de su querida América?

—¡No es cierto! —rechazó furiosamente Amanda—. ¡No lo es!

—¿No? Ustedes los americanos, sólo tienen que dar una orden para que sea activado el dispositivo múltiple total, y 1218 proyectiles surcarán los cielos de Europa hacia toda Rusia. En cuestión de segundos esos mil y pico artefactos se pondrán en ruta hacia la madrecita Rusia. ¿Qué es lo que quiere usted? ¿Que el ruso no informe a la

K. G. B.?

Tendrá que matarlo para eso. ¿No es cierto, Borov?

—Nikolai —jadeó Amanda—, no le creas. ¿No le creas? Le voy a tomar por mi cuenta, y ya verás cómo le obligo a decir la verdad, a decir que todo es una patraña para...

—Ah, el sistema americano —pareció recitar Kiang Tse—. ¡Los nobles, valientes y compasivos americanos! ¿Y qué pretende hacer ahora conmigo esta noble y valerosa espía americana? Pretende torturar a un pobre anciano para obligarle a decir una mentira. Pues no. Ya he dicho la verdad. Por una vez en mi larga vida de espía he dicho la verdad, y se me ocurre que será bueno morir con la verdad en los labios. Que el cielo se apiade de Rusia.

Se notó el gesto de Kiang Tse apretando secamente las mandíbulas. Amanda lanzó una exclamación, se abalanzó hacia él y le golpeó fuertemente con un puño en el estómago. El dolor fue tal que Kiang Tse abrió la boca, como ahogándose, pero no expulsó la cápsula de cianuro, que ya estaba camino del estómago. Emitió una risita, y acto seguido escupió al rostro de Amanda Louise Carrington-Lower, que retrocedió vivamente, pálida como un cadáver. Kiang Tse volvió a reír burlonamente, y luego tosió. De pie ante él, Nikolai y Amanda le contemplaban incrédulos y no poco impresionados ante la solución de vieja escuela de espionaje que el chino había dado a su situación. Sabían que era inútil hacer nada, no había tiempo.

Simplemente, Kiang Tse iba a morir.

Esto sucedió apenas quince segundos más tarde. Entre risas y

tosos, la leve espuma verdosa apareció en la boca de Kiang Tse. Luego la cabeza de éste se ladeó, su rumor de vida dejó de oírse y sus abiertos ojos sólo expresaron la muerte.

—Muy bien —suspiró lenta y profundamente Nikolai—, creo que no vale la pena que nos compliquemos más la vida. Juguemos limpio los dos, ¿te parece bien? Vamos a decirnos adiós, y que cada cual siga su camino.

—¿Regresas a Rusia?

—Por supuesto, si nada me lo impide, como por ejemplo, una bala en la espalda disparada por una espía americana.

—Nikolai: no puedes pasar ese informe sin estar seguro de que es cierto.

—¡Maldita sea, claro que es cierto! ¿Crees que los chinos se iban a inventar una cosa semejante, tan fácil de comprobar si la K. G. B. decide hacerlo sin reparar en medios ni escándalos?

—Tal vez no haya mentido Kiang Tse, pero puede que estén mintiendo Peter Peters y sus cómplices.

Me desesperas —gruñó Nikolai—. ¿Cómo puedes esforzarte tanto en no perder la fe? Sabes que Estados Unidos es capaz de eso y de más, del mismo modo que podría serlo Rusia. ¿Por qué tengo que dudar más? ¿Dudarías tú si fuese al revés?

—Hagamos un último intento: vamos a ver a Peter Peters. Sabemos dónde está, él no debe sospechar que nos tiene tan cerca, estará tranquilo, confiado... Una visita a Peter Peters y lo que decidas a partir de entonces me parecerá bien.

Nikolai Borov titubeó, frunció el ceño, masculló palabrotas en ruso, titubeó de nuevo...

—¡Maldita sea! —aulló por fin—. ¡Maldita sea!

—Maldita sea —farfulló por lo bajo Peter Peters, tomando el auricular del teléfono recién conectado a la mesa donde se hallaba cenando exquisitamente en compañía de Fenwick y Adler—. ¡Eso es que ha ocurrido algún contratiempo!

Su inquietud estaba justificada, ya que por la mañana, hacía apenas diez horas, había convenido con Kiang Tse que ya no se verían ni se comunicarían en Cannes salvo imprevistos que requirieran soluciones urgentes. Y algo tenía que haber ocurrido para que Kio Li le llamase al hotel.

Esperó a que el camarero se alejase de la mesa, y contestó a la

llamada:

—¿Sí? Dígame, Kio Li.

—No soy Kio Li —sonó nítida la voz femenina, en perfecto inglés americano—: soy Irina.

La mente de Peter Peters quedó en blanco. Adler y Fenwick, que le miraban expectantes, se dieron perfecta cuenta de que su jefe estaba sometido a algo parecido a un cortocircuito mental. Y en seguida, al reaccionar, le vieron palidecer intensamente, y jadear:

—¿Qué? ¿Quién?

—Irina, de la

K. G. B.

Estoy segura de que me recuerda —la voz sonaba amablemente irónica—. Estoy en Cannes, muy cerca de usted, y me pareció descortés no saludarle.

—Pero... tenemos que vernos por la mañana en... Y usted ha dicho al camarero que era Kio Li, o sea que... ¿Y cómo sabe lo de Kio Li?

—Me apena usted, señor Peters. Su cerebro es menos ágil que una ballena muerta. Bueno, escuche, vamos a simplificar: Nikolai y yo nos cargamos a los tres chinos que tenían que seguirnos en Alemania, conseguimos la dirección de la villa de Kiang Tse, y éste, sus hombres y Kio Li están muertos o en poder de la

K. G. B.

Solamente quedan usted y ese par de tontos que le acompañan, y, señor Peters, aunque por mucho que mire a su alrededor no distinguirá al resto de mis compañeros de la K. G. B, que están controlando el comedor, si reconocerá usted sin duda a Nikolai Borov, ¿verdad? ¿Lo ve?

Peters miró hacia la puerta. Allá, de pie como esperando a alguien, risueño, guapo, simpático, tranquilo, Nikolai Borov estaba encendiendo un cigarrillo, mirándolo aviesamente. Peter Peters sintió mil sudores en todo el cuerpo.

—Sí —susurró—, sí, le veo...

—Vamos a hacer las cosas con calma. Lo primero, usted va a ordenar a esos dos mochuelos que le acompañan que salgan del comedor. Nikolai se hará cargo de ellos; adviértales que si prefieren pelea nosotros no tenemos inconveniente. Luego, cuando usted se halle solo, entraré para charlar un ratito.

—¿Dónde está usted?

En el vestíbulo del hotel. Voy a entrar dentro de un minuto, que es lo máximo que esperaré para ver salir a sus dos bobos seguidos por Nikolai. Un minuto, señor Peters.

Se oyó el chasquido del auricular al ser colgado. Para entonces, siguiendo la mirada y las actitudes de Peters, Fenwick y Adler habían visto ya a Nikolai Borov, y ambos estaban tensos y no poco preocupados.

—¿Qué pasa? —murmuró Adler.

—El hotel está lleno de agentes de la

K. G. B.

—Peters se pasó la servilleta por la frente—. Han matado a todos los chinos. A todos. Quieren que nos entreguemos o nos van a asesinar a los tres. Así que... elegid entre marcharos con Borov o presentar pelea.

—¿Cuántos son? ¿Dónde están?

Peters le dirigió una mirada asesina, y ambos comprendieron. Adler fue el primero en ponerse en pie. Fenwick le imitó en seguida, y ambos se dirigieron hacia la puerta. Nikolai salió tras ellos. Apenas transcurrido un minuto, Irina entró en el comedor y fue a sentarse a la mesa de Peters, sonriendo.

—Está feo limpiarse la cara con la servilleta —dijo—. ¡Es de pésima educación y modales, francamente, señor Peters!

—¿Qué es lo que quieren de mí? —rechazó Peters el tono humorístico de la entrevista.

—¿Quiere que vayamos directos al grano? De acuerdo, por mí no hay inconveniente. ¿Qué es lo que queremos de usted? Es una cosa muy sencilla, pero a la que usted posiblemente pondrá objeciones. Y eso es lo que quiero que entienda bien, señor Peters: si usted no hace lo que yo voy a decirle que haga lo vamos a sacar de aquí sea como sea, lo vamos a llevar a una avioneta que tenemos esperando y desde esa avioneta vamos a ir arrojando al mar sus pedazos a medida que los vayamos cortando. ¿Me ha entendido?

Peter Peters estaba más pálido que un cadáver. No tenía voz. De modo que todo lo que pudo hacer fue asentir con la cabeza.

—Muy bien —elogió secamente Amanda-Irina—. Esto es lo que Nikolai y yo queremos que haga: va a serenarse usted, y va a llamar por teléfono...

CAPÍTULO VIII

Las estrellas proporcionaban toda la iluminación de que podían disponer, y permitían ver, abajo, la gran extensión de bosque. Más lejos, en varias direcciones, se veían puntos de luz revelando la ubicación de otras tantas localidades alemanas. Visto desde la avioneta, todo parecía de juguete. La noche era fría y húmeda, y habían atravesado sectores en los que lloviznaba.

Sentados en el piso de la avioneta, acurrucados y sólidamente atados de pies y manos, Peters, Adler y Fenwick miraban fascinados a Irina y Nikolai, en el momento en que éste comprobaba los atalajes del paracaídas de la hermosa rubia. Un agente de la K. G. B.,

también sentado en el piso de la avioneta con una metralleta en las manos, contemplaba asimismo a su compañero Borov y a la espía americana. Ésta comprobó a continuación los atalajes del paracaídas de Borov, se miraron ambos y se acercaron a la portezuela corredera de la avioneta. El aspecto de ambos era no poco chocante, él con trinchera y ella con abrigo, y ambos con el paracaídas a la espalda, y cada uno con un gran paquete envuelto en lona, sujeto a la cintura y colocado ante el vientre.

El ruso de la metralleta se puso en pie al mirarlo Nikolai y se dirigió hacia la cabina del piloto. Reapareció en seguida. Nikolai volvió la cabeza y se quedó mirándolo.

—Un minuto —dijo el ruso.

Nikolai asintió. Amanda le miró. Luego miró la oscura y fría noche. Unas finas gotas de lluvia se adhirieron a los cristales laterales como si fuesen de goma. Debía hacer un frío tremendo...

—Treinta segundos —advirtió el ruso de la metralleta.

Nikolai volvió a asentir. Cuando su compañero dijo «diez

segundos» puso la mano sobre la manilla de la portezuela, y fue contando mentalmente los diez segundos en cuenta atrás. Cuando llegó al dos descorrió la portezuela. Una ráfaga de frío entró brutalmente. Amanda miró a Nikolai, aspiró hondo y eso fue todo. Dos segundos después saltaba al vacío. Nikolai esperó tres segundos solamente, y saltó tras ella. El otro ruso, que ya se había acercado a la portezuela, la cerró.

Abajo y atrás, dos cuerpos descendían velozmente, envueltos en fría llovizna. Los paracaídas se abrieron al límite de la prudencia. Dos sombrillas negras se hincharon en pocos segundos, retuvieron el veloz descenso en caída libre, y muy pocos segundos después se aflojaron y se posaron mansamente en tierra por detrás de ambos paracaidistas, que se apresuraron a recogerlos dando rápidos tirones.

Ni siquiera se oía ya el rumor de la avioneta. La oscuridad era total. Lloviznaba. En los mapas de carreteras de Europa que podían comprarse en cualquier parte, aquella zona estaba rayada en rojo. Alrededor de los dos espías todo era bosque y oscuridad, frío y lluvia. La lluvia, esponjando la tierra, facilitó la labor de Nikolai Borov de cavar un hoyo dentro del cual metieron los paracaídas. Los cubrieron. Luego, Amanda miró su relojito de pulsera, de esfera luminosa: eran las tres y cuarenta y nueve minutos de la madrugada. La lluvia iba arreciando.

Se cobijaron bajo un tupido árbol y se sentaron en el suelo. Amanda extendió el mapa y Nikolai sacó la diminuta linterna y la brújula de bolsillo. Orientaron el mapa hacia el Norte ayudados por la brújula. Luego, el fino y aterido dedo de Amanda señaló un punto de la zona.

—Yo buscaría por este lado. No porque no pueda haber nada en el resto de la zona, sino porque, en cualquier caso, si tenemos que escapar con riesgo, estaremos más cerca de la carretera.

—De acuerdo. Pero tenemos más de cincuenta kilómetros cuadrados por examinar. Esto es una locura, Amanda. Y por supuesto ya debe haber sonado alguna alarma en la zona.

—Bueno, pensarán que somos curiosos o despistados.

—Si nos alcanzan dispararán contra nosotros. Y tú eres americana, no tienes por qué morir por esto.

—Estamos hablando demasiado. Vamos a ir hacia el nordeste, es

decir, siempre con tendencia a ir a parar a la carretera. ¿En marcha?

Se dispuso a ponerse en pie, pero Nikolai la sujetó por un brazo. Había apagado ya la diminuta linterna, de modo que uno al otro sólo podían ver el brillo de los ojos.

—Amanda, nos van a matar, así que quiero que sepas que te amo.

—No digas tonterías.

Nikolai la agarró rudamente por los húmedos cabellos, la acercó obligándole a ladear la cabeza y la besó en la boca. Luego jadeó:

—Maldita sea, te amo.

—Tenemos que ponernos en marcha —susurró ella.

El la soltó, se pusieron ambos en pie y emprendieron la marcha hacia el nordeste. Dos minutos más tarde la lluvia había arreciado de tal modo que parecía un interminable rugido a su alrededor. De cuando en cuando, bajo grupos de árboles, sentían el alivio de su protección, pero era sólo por unos pocos segundos. En algunos trechos se hundían en el barro hasta más arriba de los tobillos.

En alguna parte, en determinado momento, les pareció oír el ladrido de un perro. Disponían de tres horas apenas para cubrir su objetivo. Si no lo conseguían en ese tiempo se encontrarían en pleno día a merced de la vigilancia «normal» de la zona. Una vigilancia sobre cuya naturaleza ninguno de los dos estaba seguro. Aunque sí, parecía que había perros...

En dos ocasiones distinguieron, al fondo del bosque, manchas de luz, pero no localizaron su procedencia.

Chop, chop, chop, chop, chop, sonaban sus pisadas en el barro. De sus bocas brotaban chorros de vapor. Volvieron a oír un ladrido de perro, como tímido, como sofocado. Se detuvieron. La lluvia los envolvió, como abrazándolos. Nikolai abrazó a Amanda, y se inclinó hacia su oído.

—Es extraño —susurró—. Tengo la impresión de que hay movimiento a nuestro alrededor: perros, luces, hombres... Me siento como dentro de un cerco de hierro. Amanda Louise no contestó. Seguía sonando la lluvia, eso era todo.

—Nikolai...

—¿Qué? —Bajó el ruso la cabeza.

—Vamos a cambiar el rumbo. Vamos a ir ahora hacia el

noroeste.

—Pero eso nos alejará de la carretera.

—No importa. Vamos a hacerlo.

—De acuerdo.

Se desviaron. Todo seguía igual. Unos cinco minutos más tarde dejó de llover. Caían apenas cuatro gotas diminutas. El frío era más intenso, sin embargo. Chop, chop, chop, chop, chop, hacían sus empapados pies hundiéndose en el barro. En alguna parte, lejos, volvió a ladrar un perro. Por detrás de ellos otro perro contestó. Hacia el frente destellaron dos o tres luces que desaparecieron en seguida. Se oyó el runruneo de un motor... un Land Rover o un *jeep*.

Los dos espías se habían detenido, y escuchaban. La quietud del bosque se hizo fragmentos arrastrando una seca orden en alemán, no sabían en qué dirección. Luego, apenas dos segundos más tarde, oyeron otra voz, también en alemán. Lejos, la luz de un faro de vehículo se desplazó, dando la impresión de que partía los árboles.

—Nos están buscando —susurró Nikolai.

—Sí, pero con mucha torpeza —susurró también ella—. Parece como si quisieran dar la impresión de no ser gente bien entrenada.

—Y otra cosa: al denunciar su presencia por esa parte nos impiden ir hacia ahí precisamente. Es como si nos empujaran de nuevo hacia la carretera. Llevan perros, vehículos, y tienen armas, pero no quieren hacer contacto: lo que quieren es que nos vayamos.

—Pues vamos a hacer todo lo contrario.

—Lo peor son los perros.

—¿Son pastores alemanes?

—Sí. Pero ni ellos pueden tener tanta finura de olfato. ¿Lo intentamos?

—Vamos a intentarlo.

Abrieron los paquetes encerados que llevaban sujetos ante el vientre, y Nikolai sacó las pistolas lanzabengalas y las cápsulas de repelente gaseoso. Cuando disparasen las cápsulas, y el gas se expandiera, produciría un olor tan horroroso que los perros huirían de él o quedarían embotados por varias horas después de olerlo. Era la única oportunidad. O eso, o ceder a la alternativa inevitable de matar algunos perros.

Ya todo preparado, se dirigieron precisamente hacia donde había más luz, voces y movimiento. Dos o tres perros comenzaron a

ladrar furiosamente. Un motor se oyó claramente. Dos haces de luz vivísima perforaron el bosque en dirección a los espías.

—Ahora —dijo Nikolai.

Ambos apuntaron hacia delante y dispararon. Tan sólo seis o siete segundos más tarde algunos perros comenzaron a ladrar como enloquecidos. Nikolai soltó una risita. Bosque adelante se oían voces excitadas de hombre. Aparecieron más luces. Los perros ladraban como si les fuese la vida en ello.

—¡Menudo cabreo tienen! —exclamó Nikolai.

—Ahí vienen.

Los ladridos se acercaban. Nikolai asió a Amanda por la cintura, ella le ayudó impulsándose con las piernas, y alcanzó así una rama del árbol bajo el cual estaban. Nikolai saltó, se aferró con ambas manos y se encaramó con ágil cabriola. A los pocos segundos los ladridos de los perros parecían estampidos dentro de sus oídos. Voces, gritos, chapoteos, ladridos furiosos... No menos de siete u ocho linternas barrían el terreno con su luz amarillenta. Las voces seguían sonando en alemán. Un grupo de hombres y perros pasaron por debajo del árbol, posiblemente convencidos de que los intrusos habían dado la vuelta y estaban escapando, alejándose, con toda lógica, de la zona más vigilada dentro del área restringida.

Solamente los perros podrían, quizá, haber detectado la presencia humana encima de ellos; pero el repelente había actuado con tal eficacia que los perros tardarían mucho en poder demostrar cuán fino era su olfato. Iban enfurecidos por la pestilencia que se adhería a su olfato, eso era todo. Sólo que los hombres uniformados que corrían con ellos creyeron otra cosa bien diferente, y eso favoreció a los intrusos de la zona.

Perros, hombres y luces se alejaron. Pero casi a seguido aparecieron las luces de un vehículo acercándose, a marcha lenta. Era un *jeep*, que rodaba en pos del grupo anterior. Había tres hombres uniformados en el *jeep*, dos delante y uno detrás, atendiendo una ametralladora montada.

Nikolai se volvió hacia Amanda, que no le dio tiempo a formular la pregunta:

—Por mí, hagámoslo —susurró—. Puedo encargarme del de la ametralladora.

—De acuerdo —susurró también Nikolai.

Segundos más tarde, el *jeep* pasó justamente por debajo de ellos. Lo que menos esperaban sus tres ocupantes era, ciertamente, una agresión. Para todos los vigilantes de la zona, en aquel momento «unos cuantos intrusos» estaban intentando escapar de la zona en la cual se habían metido subrepticamente. Por eso, cuando desde arriba les llegó el ataque prácticamente no tuvieron ni tiempo de enterarse de lo que ocurría.

Amanda Louise utilizó su pistolita para golpear la barbilla del hombre que iba junto a la ametralladora, despreciando con toda lógica golpearle en la cabeza protegida por el casco. Nikolai lanzó fuera del vehículo a uno de los hombres, golpeándole con formidable impacto sobre el corazón. Una décima de segundo más tarde, su puño partía la barbilla del conductor, que se había vuelto sobresaltadísimo hacia su derecha, y el hombre puso los ojos en blanco y perdió el conocimiento. Amanda, que ya había previsto esto, se inclinó por encima del hombre, y gobernó el volante los pocos metros que el vehículo continuó la marcha hasta que se caló el motor. El hombre de la ametralladora y el conductor fueron echados fuera del *jeep*, y Amanda se colocó ante el volante, dio de nuevo el encendido y maniobró emprendiendo el regreso, mientras Nikolai ocupaba la plaza detrás de la ametralladora.

—¡Nada de eso! —exclamó Amanda—. ¡No quiero que mates a nadie!

—¡Déjame en paz!

—Nikolai —dijo ella secamente—: ¡no lo hagas!

—Sigue adelante —masculló el ruso.

Seguían oyendo ladridos y gritos, y se veían largas ráfagas de luz, pero ahora detrás de ellos. Por delante, la oscuridad apenas era matizada por pequeños puntos de luz difíciles de situar. Unos cinco minutos más tarde apareció otro *jeep*, y Amanda se apresuró a ponerse el casco del conductor. Tras la ametralladora, igualmente tocado con un casco, Nikolai se tensó, dispuesto a todo, le gustase o no a Amanda; sabía que si los descubrían los acribillarían.

La voz llegó, en alemán, nítida:

—¿Los habéis cazado ya?

—No —replicó en perfecto alemán Nikolai—. Tenemos un herido y por eso volvemos. Siguen en la misma dirección.

—¿Necesitáis ayuda?

—Nos arreglaremos. ¡Id tras ellos!

Los dos *jeep* continuaron su marcha, en direcciones opuestas. Sus luces habían formado sendas rayas amarillas paralelas, sólo se habían visto sombras de uno a otro vehículo.

Nikolai lanzó una maldición, y Amanda volvió la cabeza hacia él en la oscuridad.

—¿Es necesario que seas tan grosero y vulgar? —protestó.

—¡Maldita sea!

Apenas recorridos dos kilómetros más, de pronto apareció la zona iluminada pero a nivel inferior al que ocupaban. Por un lado escapaba como una franja curvada de luz, y desde allí llegaba un rumor indefinible. Amanda detuvo el *jeep*, y saltó a tierra, al mismo tiempo que Nikolai. La lluvia era escasa ahora, pero sus pies parecían adherirse al terreno como si llevaran ventosas: chop, chop, chop, chop, chop...

La primera en dejarse caer de vientre al suelo fue Amanda, al llegar al límite de la franja de luz. Nikolai cayó a su lado al instante, y vio lo mismo que ella al mismo tiempo: a nivel inferior había una grandiosa explanada, sobre la cual se cernía una grandiosa rejilla metálica que servía de techo con camuflaje diverso. Parecía una central de manufacturación de gas o algo parecido. Se veían torretas, luces de señalización, maquinaria... Era lo más inesperado que pudiera pensarse. Había hombres y vehículos, casamatas y, en el centro geométrico del lugar, no menos de quince enormes objetos metálicos cuya punta cónica apuntaba hacia el cielo, con levísimo decantamiento hacia el Este. Grandes torres de sustentación las mantenían en posición. Sólo había que retirar la red metálica y la amplitud del cielo quedaría a disposición de los quince o veinte proyectiles nucleares.

—Dios mío —gimió Amanda.

—Vámonos —jadeó Nikolai.

—Nikolai, escucha, te juro que no sabía...

—Vámonos. No tardarán en darse cuenta de nuestra jugada y nos cerrarán todas las rutas hacia la carretera.

—Pero quiero que sepas...

—¡Ya sé todo lo que tengo que saber! Y escucha bien esto, americana: yo me largo de aquí, y voy a seguir corriendo sin parar hasta llegar a Moscú para decirles lo que acabo de ver. Así que si

quieres venir conmigo, bien; si prefieres quedarte, también. Y si optas por el disparo contra mi espalda, ¡malditos sean tus huesos!

El ruso se incorporó y echó a correr. Amanda estuvo todavía unos segundos mirando la formación de proyectiles nucleares, y le pareció ver, más lejos en la misma explanada, otro grupo similar. No valía la pena arriesgarse más, Nikolai tenía razón: ya sabían todo lo que tenían que saber. Si allá había proyectiles también los había en otros muchos puntos de Europa...

Amanda se puso en pie, giró y echó a correr. Nikolai estaba ya poniendo en marcha el *jeep* cuando la vio llegar corriendo, pero no le hizo caso, de modo que ella tuvo que subir en plena marcha. Por detrás de ellos comenzó a sonar una alarma de fino silbido sofisticado, con gran insistencia. En la zona comenzaron a aparecer luces. El ruido de motores de vehículos terrestres se oyó con más intensidad.

Nikolai hizo lo que posiblemente menos esperaban los vigilantes de la zona que hicieran dos intrusos: giró hacia el oeste, y se lanzó hacia allí a toda velocidad. El *jeep* resbalaba con frecuencia, golpeaba y rozaba los árboles, lanzaba las luces hacia todos lados, rechinaba... Tras ellos sonaron sirenas y un enjambre de motores.

De repente, sorprendiendo no poco a Amanda, el espía soviético se echó a reír, y exclamó:

—¡Ahora sí que los hemos vuelto locos! ¡Agárrate, que vamos a despegar!

Dio toda la velocidad al vehículo, que se deslizó por el bosque como sobre esquíes. Era milagroso que no se estrellasen contra los árboles, que parecían pasar como disparados junto al *jeep*. Apenas un minuto más tarde, el bosque terminó, sólo se veían algunos árboles dispersos. De nuevo llovía torrencialmente.

La verja metálica apareció de pronto.

Es decir, había estado allí en todo momento, pero la vieron los dos al mismo tiempo y de pronto, a menos de quince metros del vehículo, reluciendo a la luz de los faros, mojada. La comprensión de lo que significaba la verja fue súbita y simultánea para los dos espías: estaba electrificada, y el choque contra ella significaba la muerte si el voltaje de alarma había sido conectado.

Nikolai metió el pie en el freno, gritando:

—¡Salta!

Amanda Louise ya estaba saltando del *jeep*, convencida, naturalmente, de que Nikolai Borov iba a hacer lo mismo que ella. Y ésa era la intención de Nikolai, pero en aquel instante, y debido al brusco frenazo, el *jeep* resbaló una vez más sobre el barro, el espía ruso perdió el equilibrio, y fue a golpearse de cabeza contra el otro lado del vehículo. Rebotó, se enderezó en el asiento, sacudió la cabeza, vio la verja a menos de cinco metros... y saltó en el último instante, lanzado el *jeep* patinando a toda velocidad de nuevo.

Pareció que se produjera el choque de mil estrellas cuando el *jeep* se estrelló contra la verja. Saltaron millones de chispas, todo rugió, destellaron luces violáceas, rojas, azules, amarillas. Todo crujió, pareció que el mundo se convertía en un castillo de fuegos artificiales mientras el *jeep*, envuelto en chispas y crujidos, arrancaba la verja como si fuese una simple telaraña. El depósito de combustible se retorció y se rajó, una chispa de las miles que danzaban por todas partes alcanzó la gasolina... y un estampido y una llamarada convirtió al *jeep* en un montón de chatarra ardiente.

Nikolai, que se había alejado gateando a toda prisa, casi chocó con Amanda, la miró sobresaltado y luego señaló el rugiente incendio.

—¿Qué te parece? ¡Cosa bonita!

—Deberíamos aprovechar ese hueco de la verja —sonrió con el rostro bañado en rojo Amanda Louise—. ¡Y pronto!

—Vamos a intentarlo, aunque tengo un pie hecho puré.

Cuando llegaron allá los vehículos perseguidores, los hombres y los perros enfurecidos sólo encontraron un *jeep* ardiendo en la maraña de la verja arrancada y calcinada.

* * *

Veinte horas más tarde llegaba a Orly un avión procedente de Nueva York. El hombre que esperaba con impaciencia hacía casi dos horas mostró una expresión de alivio cuando fue anunciada la llegada del vuelo, y se encaminó a la recepción de pasajeros de vuelos internacionales. Tenía el tiempo justo de realizar la entrevista y regresar a su punto de trabajo, para lo cual contaba con el automóvil que tenía en el estacionamiento. Ni siquiera tendría tiempo de ir a París a tomar unas copas...

El pasajero que él esperaba apareció a su debido tiempo, sin prisas, sosegado, tranquilo, seguro de sí mismo. Se vieron el uno al otro, y se acercaron. Se estrecharon la mano.

—¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó el que había estado esperando.

—Bien. ¿Has visto a Peters?

—¿A Peters? No. ¿Tenía que verlo?

—Nos está esperando en París, pero pensé que quizá habría venido a esperarme.

—¿En París? ¡No puedo entretenerme en París! He venido con el tiempo justo, tengo que estar en la base a las siete de la mañana. Lo que tengas que decirme tendrás que decírmelo aquí y ahora.

—¿Cómo demonios quieres que te diga nada si antes tengo que hablar con Peters? El me llamó a Washington, me dijo que era urgentísimo que nos reuniéramos los tres, y que te avisara y te citara. Eso es lo que he hecho, y ahora tú y yo nos vamos a París, eso es todo.

—¡Tengo que estar en la base a las siete de la mañana!

—Estarás allí aunque tengamos que fletar un avión especial, tranquilízate. Soy el primero en desear que sigas en tu puesto, por si hubiese que lanzar esos dieciséis proyectiles. De modo que no has visto a Peters... Bien, espero que todo le fuese bien con los chinos y el espía soviético que teníamos que meter en el asunto. ¿Te imaginas? Dos millones y medio de dólares, amigos de los chinos, y si los rusos reaccionan como es lógico los vamos a machacar antes de que tengan tiempo de suspirar. Tienes coche, supongo.

—Sí. Demonios, ¡qué jugada!

—Los rusos nos están tocando las narices hace tiempo a mí y a los de mi grupo con sus exigencias, de modo que vamos a provocarlos, los machacamos y los borramos del mapa de una jodida vez.

—Eso no será fácil. Ellos replicarán al ataque.

—¿Con qué? Cuando vayan a reaccionar ya no podrán hacer nada. ¡Demonios, aquí hace más frío que en Washington! ¿No estamos en primavera?

El otro encogió los hombros. Llegaron al coche, se metieron dentro, ambos en el asiento delantero, y justo entonces aparecieron como por auténtico arte de magia el hombre y la mujer, ambos

rubios, ambos hermosos, ambos de rostro impenetrable... y ambos empuñando una pistola provista de silenciador, con las que les apuntaron a la cabeza.

—Salgan de ahí y pasen al asiento de atrás —dijo la mujer, en inglés americano.

—¡Pero...!

—Háganlo o no voy a perder el tiempo ni para darles recuerdos de su amigo Peter Peters.

—¿Dónde está él? ¿Quién es usted?

—Una palabra más —gruñó Nikolai— y los clavo a balazos en el asiento. ¡Vamos, muévanse!

Los dos hombres salieron del coche, pasaron al asiento de atrás y la muchacha rubia se sentó delante, en el asiento derecho. El atleta rubio se sentó ante el volante, dio el encendido y arrancó.

—¿Dónde está Peters? —insistió el recién llegado al aeropuerto parisino de Orly.

—Peter Peters y sus dos bobos amigos están en manos de la C. I. A.

gracias a un acuerdo especial y personal con mi colega. —Amanda movió la cabeza hacia Nikolai—, el agente soviético Borov. Es el hombre que ustedes pensaban utilizar para introducir la información de los proyectiles nucleares en Rusia. Pero no lo va a hacer, porque hemos llegado ambos a una conclusión de lo más razonable después de muchas horas de discusión... En efecto, los americanos tenemos 1218 proyectiles nucleares apuntando hacia Rusia, pero ¿qué ganarán los rusos si mi colega Borov se lo dice? No ganarán nada, porque los proyectiles seguirán ahí. Lo único que puede suceder, y eso es precisamente lo que ustedes habían planeado, es que los rusos se pongan nerviosos, los americanos se den cuenta y decidan iniciar la agresión antes de que los rusos tengan ni siquiera tiempo de empezar a hacer cálculos de defensa inmediata y de réplica fulminante contra Europa y Estados Unidos. Esto aparte, y como aquí no hay ningún ingenuo, Nikolai y yo hemos llegado a la conclusión de que Rusia no va a ser menos que Estados Unidos, lo que significa que, a la chita callando, también tiene su arsenal bien preparado mientras se hace la mártir y protesta y protesta contra los imperialistas agresivos americanos. Es decir, que si Nikolai pasa el informe a su directorio de la K. G. B,

sólo va a provocar una hecatombe, y ni él, ni Rusia, ni el mundo en modo alguno vamos a ganar nada. De modo que ha decidido no informar a Moscú. De todo lo malo que unos y otros están haciendo, esto es lo menos malo que se nos ha ocurrido: dejar las cosas quietas, tratarlas con exquisitez, y esperar que sinceramente, dentro de poco, unos y otros decidan proceder cautamente pero honestamente al desarme. ¿Lo han entendido?

—Pero... usted... ¿es americana! ¿Qué pinta en esto?

—Nada, en estos momentos, porque me los jugué a cara o cruz y perdí.

—No comprendo... ¿Qué es lo que se jugó?

Nikolai detuvo el coche, se volvió hacia sus dos pasajeros y sonrió amablemente.

—Ustedes son los amigos de Peter Peters, los llamados John Haynes y Wilfred Covendish. ¿Cierto?

—Sí, cierto, pero no comprendemos...

—Amanda se jugó conmigo matarlos o mirar cómo morían. Ella perdió, yo gané, ustedes perdieron.

La pistola del ruso apareció por encima del respaldo del asiento. Los dos hombres respingaron, abrieron mucho los ojos...

Plop, plop, plop, plop, disparó Nikolai Borov.

Una de las salpicaduras de sangre alcanzó a Amanda Louise, que se la limpió cuidadosamente con un pañuelo de papel que tomó de una caja del tablier. Nikolai, que había guardado la pistola como si tal cosa, la miraba fijamente. En los asientos de atrás, con los ojos fuera de las órbitas por el espanto de la llegada de la muerte, los dos criminales parecían mirar al ruso y a la americana, pero ciertamente no podían verlos.

—Dime una maldita cosa —murmuró Nikolai—: ¿por qué la maldita

C. I. A.

ha utilizado una mujer?

—Porque el maldito Kinkelin era un maldito mujeriego y cabía la maldita posibilidad de que hubiera que recurrir al encanto femenino para llegar a recovecos adonde un hombre no llegaría si no era con violencia.

—Eso es espionaje de vieja escuela —farfulló el soviético.

—Ni todo lo antiguo es deficiente ni todo lo nuevo es eficaz.

—De acuerdo. En fin, ¡siempre el maldito sexo!

Amanda se echó a reír suavemente.

—Creía que me amabas, pero si consideras que el sexo es maldito...

—Al diablo tú y el sexo. No quiero saber nada más contigo. Me salvaste la vida en el tren, pero te he devuelto con creces el favor. Es más, yo diría que eres tú ahora quien me debe a mí un grandioso favor.

—Digamos que el mundo nos debe un favor a ambos —corrigió la bella Amanda, tendiendo la mano—. Adiós, Nikolai.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más puede haber? —susurró Amanda.

—Maldita sea —dijo Nikolai.

Y se apeó sin tocar la mano de Amanda, sin mirar siquiera a ésta. La espía americana aspiró hondo, pasó ante el volante y, también sin volver a mirar a su colega ruso, se alejó conduciendo el automóvil, que muy pronto, con su macabra carga, quedaría en manos del personal de la

C. I. A.,

que le daría el curso adecuado a dicha carga.

En cuanto a ella, Amanda se dijo que todo lo que le quedaba por hacer era volver a casa. Y mientras dos lágrimas se deslizaban por sus mejillas, dijo, con voz temblorosa:

—Maldita sea... ¡Maldita sea!

ESTE ES EL FINAL

Tres meses más tarde, la señorita Amanda Louise Carrington-Lower llegaba a París en taxi, tras cruzar el Atlántico en un reactor que la había dejado en Orly. El taxi la dejó ante un vetusto edificio de Montmartre, donde se suponía que todo era romántico y encantador al estilo de la película *Un americano en París*. No era cierto pero de todos modos el corazón de Amanda Louise latía como enloquecido.

Recordaba perfectamente la dirección indicada en el telegrama, así que, sin titubeos, entró en el edificio, subió al segundo piso y llamó a la puerta señalada con el número dos. A los pocos segundos la puerta se abrió, y quedó visible Nikolai Borov, recién duchado, ataviado con un albornoz color *whisky*, revuelto el cabello, guapo a morir, y con una sartén en una mano. Amanda le miró, y en sus labios hubo el temblor de una sonrisa.

—De modo que has venido —gruñó Nikolai.

—Ya ves que sí.

—Bueno, si quieres puedes ducharte mientras termino la cena. Estoy preparando una tortilla de seis huevos y... Pasa, demonios. ¿Sólo traes una maleta?

—Sí. ¿De quién es este apartamento?

—Mío. Lo he comprado.

—¿Has comprado un apartamento en París? ¿Con qué objeto?

—Si has de ducharte será mejor que espabiles —masculló el agente soviético—, porque tengo hambre, y en cuanto termine de preparar la cena me pongo a comer como un lobo. ¿Está claro?

—Sí.

—Bien.

Desentendiéndose de Amanda, Nikolai regresó a la cocina. Amanda se adentró en el apartamento, llegó al dormitorio donde

había una gran cama y puso la maleta sobre una banqueta. Abrió el armario y vio ropa masculina. El dormitorio era encantador. Había flores en un búcaro. No era un apartamento de lujo, pero resultaba delicioso. El empapelado de las paredes mostraba unas simpáticas florecillas moradas, rosas y azules.

La espía americana se desnudó, sacó una toalla del armario y buscó el cuarto de baño. Nada difícil. Se metió en la bañera, abrió el grifo del agua caliente y comenzó a enjabonarse. Nikolai Borov apareció a los pocos minutos en el cuarto de baño, y ella se quedó mirándolo mientras el agua terminaba de limpiar el jabón que recubría su cuerpo.

—¿Qué pasa? —preguntó, ante el silencio del ruso.

Éste soltó uno de sus gruñidos y, de pronto, se metió en la bañera, abrazó a Amanda y la besó en la boca como si fuera a comérsela. Amanda correspondió cumplidamente al beso, pero finalmente tuvo que apartar a la fuerza a Nikolai, jadeando:

—¡Me vas a asfixiar, bruto!

—Escúchame bien —la apuntó Nikolai con un dedote, ambos bajo el agua—, estoy loco por ti, no como, ni duermo ni vivo desde que regresé a la maldita Moscú con tu maldito recuerdo de maldita espía americana, de modo que tenemos que encontrar una solución a esto...

—Una maldita solución —sugirió Amanda.

—¡Sí, una maldita solución, de acuerdo!

—El maldito sexo —sonrió la espía americana.

—¡De acuerdo, el maldito sexo, el maldito amor y maldito todo, pero si no te veo me voy a morir como un idiota! Amanda, dentro de poco más de un año voy a dejar el maldito espionaje, y me las arreglaré para poder venir a vivir a París. ¡Quiero que me digas si la idea te parece buena!

—¿Qué idea?

—¡Vernos aquí todas las veces que podamos hasta que pase este maldito año! —Oh, Dios mío— se estremeció de pronto de pies a cabeza Amanda. —¡Nikolai, estaba a punto de morirme porque creía que me habías olvidado cuando me llegó tu telegrama!

¿Qué más puedo decirte?

—Podrías decirme, por ejemplo, que estás que te mueres por hacer el amor conmigo. —¡Estoy que me muero por hacer el amor

contigo!— se echó a reír de pronto Amanda, relucientes los ojos. — ¡Y que me parta un rayo si digo mentira!

Nikolai Borov cerró el grifo de la ducha, alzó en brazos a Amanda Louise y la sacó de la bañera. Segundos después ambos estaban en la cama, y ella decía:

—Me gusta este nidito de amor...

—¡No hables de nidos! ¡Los odio!

—Pero éste no —suspiró Amanda, abrazándose a él—. Nikolai, por favor, no me hagas esperar... ni un segundo más... ¡Ni un segundo más!

—¡Ahora recuerdo que tengo la tortilla al fuego!

—Maldita sea —se llenó de miel la voz de Amanda—. Olvida esa maldita tortilla y... Oh, sí... Sí, Nikolai... Nikolai, mi... vida, siento... siento que... Ooooh...

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...